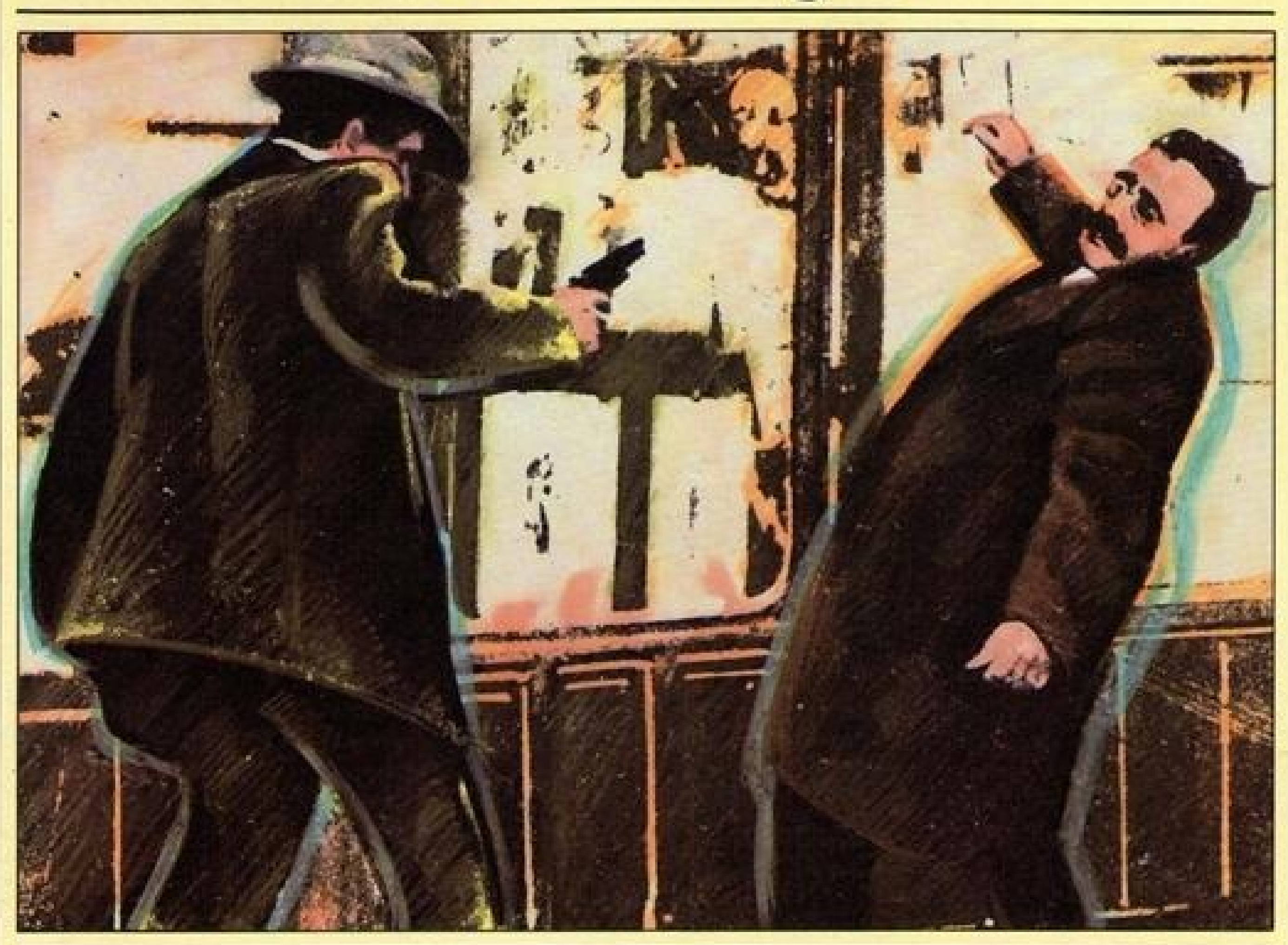
CUADERNOS
historia 16

El anarquismo
Javier Paniagua



157

Entrega n.º 157 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado al anarquismo.

Javier Paniagua Fuentes

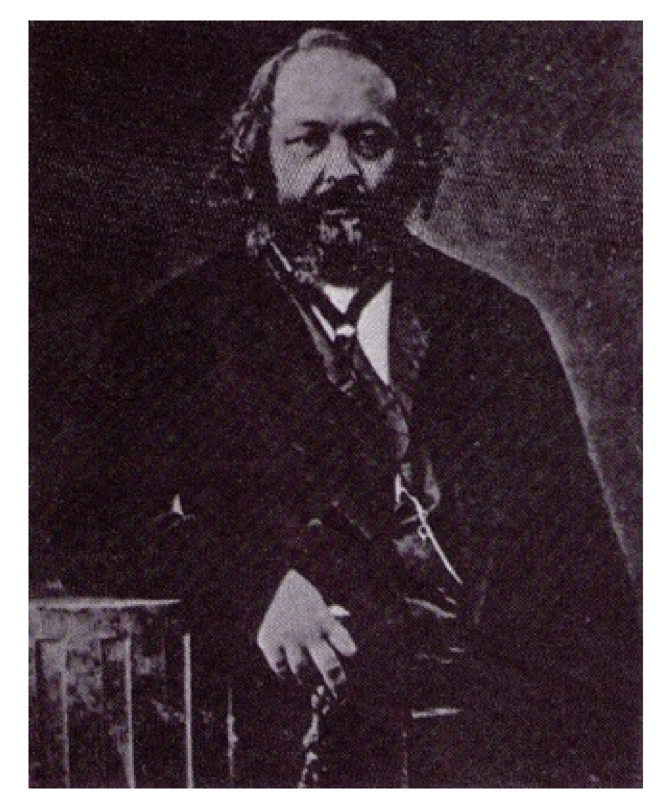
El anarquismo

Cuadernos Historia 16 - 157

ePub r1.0
Titivillus 14.03.2021

Título original: *El anarquismo*
Javier Paniagua Fuentes, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Mikhail Bakunin.

Indice

El anarquismo

Javier Paniagua

Profesor de Historia Social Contemporánea de la UNED

SURGE frecuentemente la dificultad de delimitar las ideas y las acciones de los llamados —indistintamente— anarquistas, ácratas o comunistas y socialistas libertarios. ¿Quiénes fueron y qué pretendían? ¿Cuáles son las bases de su pensamiento? ¿Existe realmente entre todos ellos algún signo de identidad común?

El propio término es contradictorio. Anarquismo es sinónimo de caos o confusión y al mismo tiempo es reivindicado como denominación de una teoría política que desea construir un mundo sin gobiernos en el que se combina la libertad individual, la igualdad y la justicia social. En efecto, el anarquista rechaza la jerarquía tanto si se ha consolidado por la tradición, el consenso, o fue impuesta coactivamente. Su mismo origen etimológico recuerda su objetivo: del griego *an-archos, sin superiores*. Sin embargo, tanto la corriente de pensamiento libertaria como las distintas formas del movimiento anarquista abarcan múltiples facetas que muchas veces no muestran ninguna coherencia. Pero todos estarían de acuerdo en señalar que la dependencia que genera el poder, sea terrenal o sobrenatural, elimina la libertad individual y colectiva y es la principal causa que impide el progreso de la humanidad. En función de ello es imprescindible abolir todo tipo de gobierno, luchar contra toda religión o secta organizada, en cuanto representan la arbitrariedad, el desprecio por la libre expresión de los hombres y la opresión económica.

Desde esta tesitura los libertarios practican una firme oposición a cualquier institución de carácter político o religioso, puesto que se apropian de la soberanía popular y la utilizan en beneficio propio. Combatir, por tanto, el Estado como entidad burocrática que retrasa la auténtica liberación económica y personal de todos los ciudadanos, es la lucha fundamental de un

revolucionario, que ha de entender que en él radica el origen de todos los males sociales, y mantiene el orden existente basado en el privilegio de unos pocos a la miseria de muchos. Hay en ello una inversión de la critica marxista, que interpreta las superestructuras —el Estado, la burocracia, las leyes— como expresión de las relaciones de producción vigentes.



El anarquista *(por Eduardo Chicharro, Museo de Arte Moderno, Madrid).*

Pero destacado el carácter antiautoritario, el término *anarquismo* resulta demasiado genérico, e incluye interpretaciones de la realidad social que sólo tienen en común la aspiración a establecer una sociedad sin Estado. Más allá, no existe un cuerpo teórico mínimo que los identifique a todos ellos, puesto que no creer en la capacidad de las autoridades políticas es algo que otros grupos estarían dispuestos a defender, sin considerarse ácratas. En todo caso, la diferencia fundamental estribaría en que para éstos la desaparición del Estado no es una aspiración a largo plazo, sino inmediata al hecho revolucionario.

Los mismos implicados han dado definiciones que resultan poco esclarecedoras: *Todo lo que es intimidad,* decía A. Masferrer desde la *Revista Nueva*, de Barcelona, en 1924, *limpieza, negación personal a la colaboración en tareas bajas y mezquinas, es anarquismo, y* añadía: *en el fondo de toda persona independiente, se encuentra siempre un anarquista*. Malatesta, uno de los lideres de esta ideología en Italia, precisaba que *los anarquistas no luchan por conseguir el puesto de los explotadores, ni de los opresores*

modernos… Quieren la felicidad de todos los hombres, de todos sin excepción alguna. Y cuando intenta una propuesta más política, la generalización continúa siendo una constante: *La anarquía es la abolición de la explotación y de la opresión del hombre por el hombre, es decir, la abolición de la propiedad individual y del gobierno; la anarquía es la destrucción de la miseria, de las supersticiones, del odio*.

Esta falta de concreción sería también destacada por ciertos militantes como una dificultad para articular un programa que hiciera posible el avance en la construcción de una sociedad libertaria. *El anarquismo no podrá constituir* —diría en 1937 el francés Gastón Leval, relacionado con los movimientos libertarios español y argentino— *un movimiento fuerte, ni por su cantidad ni por su calidad, mientras no salgamos de la esfera de principios morales abstractos cuyas consecuencias concretas deben ser fatalmente tan diversas*.

Aunque el término *anarquista* ha servido para identificar grupos y autores de perspectivas ideológicas diferentes, es conveniente determinar el contorno histórico en el que adquirió su mayor potencia y desarrollo como movimiento político e ideológico, De lo contrario podríamos remontarnos a cualquier tiempo, como hacen frecuentemente ellos mismos, con una interpretación del pasado en la que los principios anarquistas parecen encontrar sus raíces en todas aquellas luchas sociales contra la autoridad establecida. El camino de la humanidad por la liberación ha sido por tanto una constante de todas las épocas, y en este sentido el anarquismo no supondría ningún descubrimiento moderno, sino que constituiría tan sólo la formulación de una teoría racional y científica que explica el móvil de todas las destrucciones de las jerarquías y el sentido del progreso humano,

Señalaba Kropotkin que en las sociedades humanas han existido siempre dos fuerzas contrapuestas: la del apoyo mutuo, como han demostrado —entre otras— las comunidades campesinas medievales, donde sin legislación alguna han ido creando espontáneamente lazos de ayuda y acuerdos de cooperación: y de otra parte, todos aquellos —hechiceros, sacerdotes, chamanes, guerreros…— que impusieron normas arbitrarias y desviaron a la humanidad de su cauce natural, que como la naturaleza, ha de ser libre para poder progresar en la ciencia y en la técnica, utilizando la razón como único elemento.

La conciencia de lucha para lograr el sentido auténtico de la sociedad libertaria se desarrolla en los movimientos que recorren Europa, América y parte de Asia y adquiere diversas formas y matices entre 1872, año del

rompimiento de Marx y Bakunin en el seno de la I Internacional, y 1939, final de la guerra civil española, Al mismo tiempo sus propuestas se van engarzando en la convergencia de las ideas procedentes de la Ilustración, el liberalismo, la Revolución Francesa, los economistas clásicos y la divulgación de los descubrimientos científicos del siglo XIX.

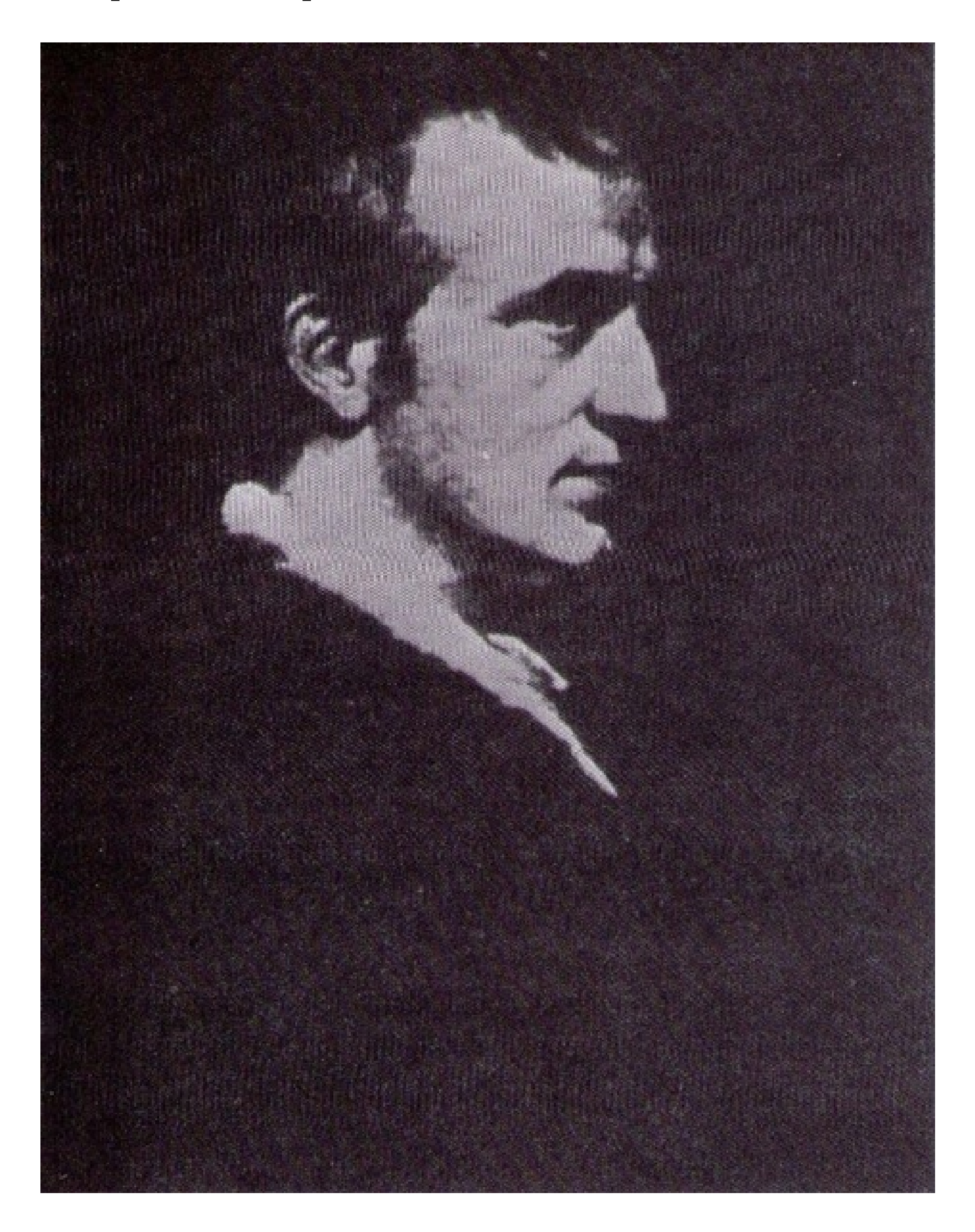
Desde finales del siglo XVIII hasta el primer tercio del XX una serie de autores conformaron las bases del pensamiento antiautoritario sin que pueda establecerse ninguna relación de escuela entre ellos. Cada uno corresponde a un contexto diferente y sus escritos tienen motivaciones dispares, pero en mayor o menor medida fueron reivindicados por los militantes y dirigentes del movimiento libertario como fuentes de inspiración para sus justificaciones políticas.

Entre ellos un clérigo inglés, William Godwin (1756-1836), que colgó los hábitos, pasa por ser el primer teórico del anarquismo. En 1793 publicó un voluminoso libro con el título de *Investigación acerca de la Justicia y su influencia en la virtud y la dicha generales*. Influido por las obras de Rousseau, Helvecio y D'Holbach y por los acontecimientos de la Revolución Francesa, conecta con el optimismo de la Ilustración y defiende la educación como el verdadero camino hacia la razón, única fuente de sabiduría para el hombre. El Estado es la causa que impide la justicia absoluta y, ya tenga un origen democrático o despótico, atenta contra la razón al suponer la abdicación de nuestro propio juicio en favor del gobernante. Ha nacido de la maldad de los humanos en el pasado, y sólo con el triunfo de la razón desaparecerá. Por motivos similares propone la abolición de la propiedad privada que nos convierte en esclavos de una minoría poseedora, facultada para disponer de los productos del trabajo de otros hombres,

El matrimonio es, igualmente, una institución nefasta que obliga a dos personas a vivir juntas permanentemente, sin contar con la evolución personal de cada uno, y donde los instintos y los sentimientos aplastan a la razón y hacen a uno propiedad del otro. Sin embargo su vida privada no giraría de acuerdo con sus teorías: se casó secretamente a los 41 años con Mary Wolstinecraft, de 38, una escritora conocida de su tiempo, que murió pronto, al dar a luz a su hija Mary, quien huiría de su casa por la intransigencia y el conservadurismo paternos cuando se unió al poeta Shelley, Más tarde, seria autora de la famosa novela *Frankenstein*, publicada en 1818.

La obra de Godwin ejerció, sobre todo, una profunda influencia entre los poetas ingleses de principios del siglo XIX, Wordsworth, Coleridge y el mismo Shelley, y tuvo escasa repercusión sobre otros autores políticos. Cuentan que el *premier* inglés de entonces, Mr. Pitt, no hizo mucho caso de las teorías radicales expuestas en su libro, y no ejerció censura alguna para su difusión.

Un libro que cuesta tres guineas —afirmó Pitt— *no origina ninguna revolución*. Muchos años más tarde, Kropotkin recuperaría su obra y destacaría su aportación al pensamiento libertario.



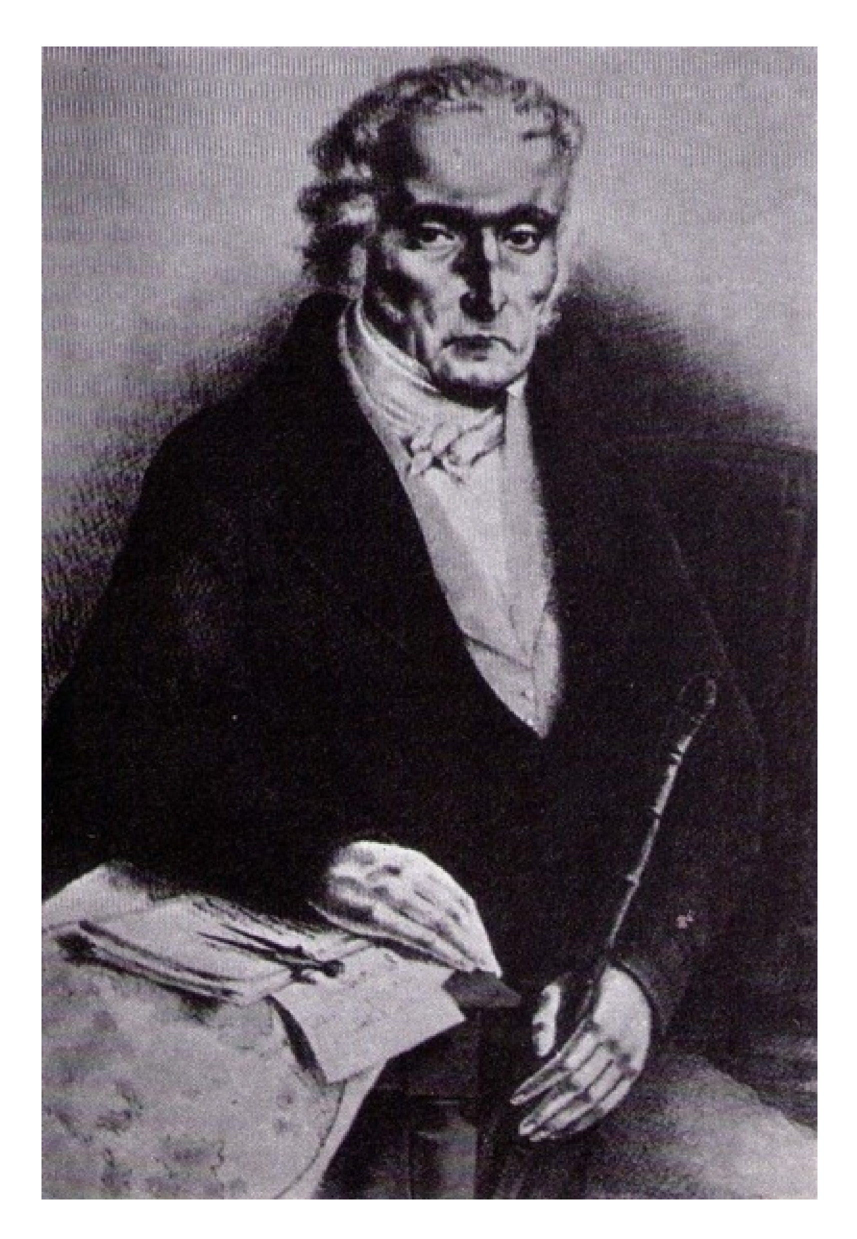
William Godwin.

En medio de la Revolución Francesa distintos grupos y figuras contribuyeron con sus acciones y escritos a la formación del anarquismo. Uno de los más conocidos extremistas fue otro clérigo, Jacques Roux, que encuadrado en el movimiento de los *enragés* destacó por sus proclamas incendiarias, en las que insistía que la libertad política sin libertad económica nada representaba. Igualmente, Jean Varlet luchó contra el gobierno de los jacobinos y dedujo que *revolución* y *gobierno* son términos contradictorios.

Los anarquistas también reivindicaron a Graco Babeuf y la *Conspiración de los Iguales,* de 1776, que consideraban la propiedad privada como fuente principal de cuantos males afligen a la sociedad. Su manifiesto afirmaba: *Ha llegado el momento de fundar la República de los Iguales, este inmenso albergue abierto a todos los hombres*.

Uno de los colaboradores de Babeuf, que escribiría más tarde la primera historia de la conspiración, fue Filippo Buonarroti (1761-1837), aristócrata pisano de nacimiento y francés por adopción revolucionaria. Paradigma de conspirador permanente, huyó a Ginebra y desde allí contribuyó a crear sociedades secretas, como la italiana de los *Carbonari* para combatir la dominación austriaca, difundir la lucha contra los gobiernos e implantar el igualitarismo, Ya viejo, regresó de nuevo a Francia con la revolución de julio de 1830, y todavía tuvo fuerzas para fundar un comité que produjera un levantamiento en Saboya y se expandiera por toda Italia.

En una perspectiva diferente se inscribe la obra de Charles Fourier (1772-1837), comerciante de profesión, que pertenece a esa amplia nómina de primeros socialistas, posteriores a la Revolución Francesa, calificados —con poco rigor— como utópicos, más preocupados por describir la sociedad perfecta que por la conspiración revolucionaria. Fourier partió de una critica despiadada del Estado capitalista controlado por unos pocos y convertido en instrumento de opresión para los trabajadores. Recalcaba que la nueva economía industrial estaba regida por una libre competencia que suponía el dominio de los más fuertes, con unos comerciantes sin capacidad productiva en comparación con los agricultores y manufactureros, que con su función de intermediarios controlaban la distribución de los bienes en beneficio propio.



Charles Fourier.

Su propuesta más original consistía en la construcción de los falansterios, especie de comunas autosuficientes donde hombres y mujeres vivirían en plena igualdad —fue un claro defensor de la emancipación femenina—, de forma armónica. Las actividades productivas de los individuos, realizadas en régimen cooperativo, cambiarían con el tiempo para evitar la monotonía y el aburrimiento. La base económica estaría sustentada por la agricultura, mediante una racionalización de los cultivos que proporcionaría alimentos en abundancia para todos. Por contra, las industrias tendrían un carácter artesanal, muy alejadas de las grandes fábricas, con la elaboración de los bienes considerados estrictamente necesarios, en clara contraposición a su contemporáneo Saint-Simón, defensor de la nueva economía industrial. En este sentido, Fourier conectará con el antiindustrialismo de determinados

círculos anarquistas que también quisieron distinguir entre lo necesario y lo superfluo del consumo.

Sus criticas y propuestas tuvieron cierto eco entre los años treinta y cincuenta del siglo XIX en España y así, personajes como Joaquín Abreu, residente en una ciudad comercial en decadencia como Cádiz, y rodeado de un mundo agrario, fue un difusor del fourierismo e impulsor de un grupo que intentó fundar falansterios, mientras que en Cataluña se extendió el pensamiento industrialista de Saint-Simón.

Uno de los conocidos como *jóvenes hegelianos*, el alemán Max Stirner (1806-1856), en su obra *El único y su propiedad* publicada en 1843, reflejó uno de los aspectos presentes en mayor o menor medida en el anarquismo: la defensa del individuo frente a la colectividad, y por tanto el rechazo de instituciones preestablecidas como el Estado, la familia o las clases sociales opresoras de la personalidad individual, Sólo desde la libertad del yo pueden constituirse federaciones voluntarias de personas que siempre han de estar fijadas por la libre decisión. Cualquier programa, idea o teoría que sustente un orden social o económico son prisiones que impiden la libertad de pensamiento y la capacidad de creación del hombre. El mismo comunismo libertario formulado a finales del siglo XIX intentaría solucionar la posible contradicción entre individuo y sociedad, pensando que una buena organización económica permite la libre expansión personal.

Su libro pasó desapercibido al principio pero fue recuperado posteriormente como un claro antecedente de Nietzsche, quien también ejerció un cierto impacto en los medios libertarios por su negación de la moral tradicional. Ambos tuvieron gran aceptación en lo que ha sido denominado anarquismo individualista, que sirvió en parte como justificación teórica de muchos artistas de finales del siglo XIX y principios del XX para romper con estilos vigentes, o proponer formas expresivas nuevas. Las piezas del dramaturgo Ibsen son un claro exponente, y no en balde ejercieron fuerte impacto entre los ácratas españoles, por su critica de los convencionalismos. Su obra *Un enemigo del pueblo*, por ejemplo, fue representada en muchos ateneos obreros españoles.

Autores, entre otros, como Marquina, *Azorín*, Julio Camba, Benavente, Maragall, Gómez de la Serna o Pío Baroja adoptaron, en mayor o menor grado, al principio de sus carreras literarias actitudes nietzschianas que los llevaron a simpatizar con el movimiento libertario y colaborar en sus publicaciones, con un anarquismo vital y estético en el que se hacia exaltación del individuo y de la rebeldía frente a la vulgaridad y el conformismo, Como

se decía en *Juventud*, revista editada en Valencia en 1903, *El principio que yo y vosotros y todos debemos proclamar es (que) sobre mi conciencia, mi corazón, mi inteligencia no puede haber una ley despojadora, ni un organismo privilegiado (…) Por eso os digo que no se trata de una cuestión de estómago, ni del odio atávico de castas siempre malditas y vencidas (…) Enrique Ibsen tiene razón: no se trata de un problema económico sino de la remoción de toda la entraña humana*.



Atentado anarquista en el café Terminus *de París, 1894. La Ilustración de* Le Petit Journal *representa el momento en que fue detenido el autor, Hendy-Da*

Entre los autores del siglo XIX que más influencia ejercieron en la configuración teórica del anarquismo está Pierre Proudhon (1809-1864), que pasa por ser el fundador del socialismo libertario. Es en sus escritos donde se

formula por primera vez una opción clara por una sociedad sin gobierno, diferenciándose así de otros pensadores anteriores que pueden ser reivindicados en menor o mayor proporción tanto por socialistas marxistas como anarquistas.

A los 31 años publicó un folleto que habría de tener gran repercusión en los medios revolucionarios de la época, principalmente por la contundencia de sus afirmaciones, titulado *¿Qué es la propiedad?* y cuya respuesta fundamental era: *La propiedad es un robo*. Sin embargo, la radicalidad de la frase no correspondía al análisis ni a la conclusión de sus ideas. Proponía el acceso a la propiedad de todos los productores y, para ello ideó la creación de un Banco de Crédito —*Banco del Pueblo* se llamaría a partir de 1849—, que había de proporcionar los elementos necesarios para que todos los trabajadores pudieran obtener sus medios de producción sin ningún interés especulativo.

Pasa por ser el representante de una sociedad de campesinos y artesanos libres que veían la desaparición de su mundo ante la presión de la sociedad urbana e industrial, Como otros autores, estaba preocupado por el cambio de los valores de las cosas en función de las alteraciones del mercado. *El mercado está loco*, decía, y por ello pretendía que los productos mantuvieran siempre un valor constante, en función del trabajo realizado. Una vez que los obreros consigan intercambiar los bienes al precio de coste y rompan con los intereses especulativos, el gobierno de los burócratas no tendrá ningún sentido y podrá prescindirse de él, así como de los bancos y el dinero.

Su principal obra, *Sistema de las Contradicciones económicas o filosofía de la miseria* refleja las lecturas económicas y filosóficas que de forma autodidacta asimiló Proudhon. Extrajo de Hegel —a quien conoció a través de sus contactos con los exiliados alemanes en París, como Marx— la idea de que las contradicciones están siempre presentes en los sistemas sociales sin que exista una síntesis superadora. De igual modo en la naturaleza humana hay una mezcla de racionalidad e irracionalidad permanentemente en pugna, y si las circunstancias lo favorecen la violencia se impone entre los hombres. La misma personalidad de Proudhon parece responder a esa contradicción: junto a la defensa de una vía pacífica de evolución social frente a la acción revolucionaria violenta, se mostró partidario de la pena de muerte y arremetió contra los judíos y los nacionalismos, aunque también propugnó el proteccionismo económico.

Había que arbitrar mecanismos sociales para que los instintos destructivos del ser humano pudieran ser controlados, y nada mejor que una buena

organización del trabajo, con el mantenimiento de los valores familiares donde la mujer detentaría siempre su papel en las tareas del hogar.

Marx fue su mayor critico y le dedicaría una réplica con cierto sarcasmo en su libro *Miseria de la filosofía*, publicado en francés en 1847, *La obra de Proudhon*, afirmaba, *no es un simple tratado de Economía Política, ni un libro ordinario; es una Biblia: Misterios, Secretos avanzados del seno de Dios, Revelaciones*. Posteriormente, en su obra cumbre, *El Capital*, continuaría acusándole de escasa comprensión de los procesos económicos modernos, insistiendo en el desconocimiento sobre la relación entre precios de costo y valor de las mercancías,

La actitud de Proudhon contra la monarquía de Napoleón III le llevó al exilio y mantuvo, desde la prensa y otros escritos, una posición contraria a la participación electoral de los obreros, recalcando el valor de los movimientos asociativos y autónomos. En su último libro, *De la capacidad política de las clases trabajadoras,* hace una defensa del mutualismo como principio ordenador de la sociedad futura. Los mutualistas eran una asociación de trabajadores que había conocido en Lyon, cuyos principios cooperativistas predominaban sobre la lucha revolucionaria, y en ellos encontró los fundamentos y la inspiración para el desarrollo de sus ideas de un mundo de productores donde *se promete y asegura servicio contra servicio, valor contra valor, crédito contra crédito, garantía contra garantía* y en la que se sustituye *la arbitrariedad de los intercambios por la certidumbre del contrato, apartando toda posibilidad de especulación, reduciendo todo elemento aleatorio a su más simple expresión*. Todo consistía en volver a la práctica del cooperativismo que tenía sus raíces en la esencia misma de la sociedad y que de una u otra manera surgía con espontaneidad en cada momento histórico. En función de ello nunca reclamó para SÍ el título de reformador social, sino tan sólo el de pensador que descubría prácticas contenidas en el propio seno de la sociedad.



Proudhon desmantela los principios tradicionales de la propiedad (caricatura de 1848).

La influencia de Proudhon se dejó sentir en ciertos sectores laborales de Francia, Alemanía, Suiza y España. Varios de sus discípulos intentaron, en los años sesenta del siglo XIX, difundir en Francia sus ideas creando sociedades cooperativistas, y una de las fracciones que colaboró en la fundación de la I Internacional, 1864, era defensora de las tesis mutualistas. El gallego Ramón de la Sagra, que residió en Cuba y en París entre 1823 y 1849, trató de impulsar el *Banco del Pueblo*. Pero fue sobre todo el líder del republicanismo federal Francesc Pi i Margall, el máximo difusor de las teorías de Proudhon en España, quien tradujo parte de sus obras a partir de 1868 y contribuyó a que el antiestatismo se extendiera entre el movimiento obrero español,

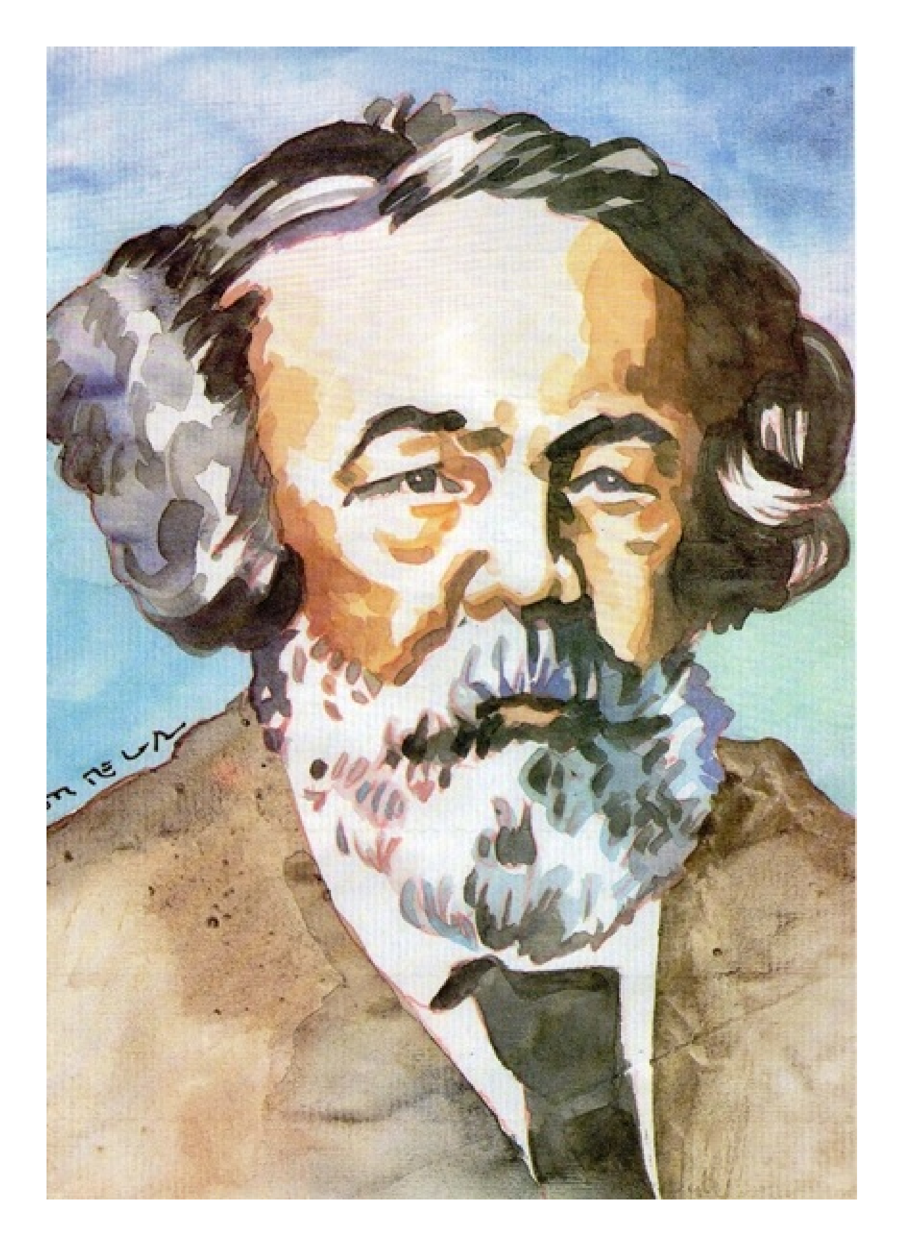
estrechamente vinculado en su primera época a los grupos republicanos más progresistas.

Otros autores formularon ideas parecidas a las de Proudhon, incluso antes de que éste desarrollara su pensamiento, como el norteamericano Josiah Warren (1798-1874), al referirse a que el valor debía estar determinado por el principio del trabajo y por el de la utilidad, de tal forma que el comercio tendría que regirse por la equidad del coste de producción. En 1843 fundaría con su equipo de seguidores la *Aldea de la Equidad*, en un trozo de tierra adquirida en el Estado de Ohio, donde intentó hacer funcionar un aserradero cooperativo, sobre la base de cambiar de trabajo por trabajo, en la linea de lo que otros realizarían con las propuestas de Owen o Fourier, pero contando con la supresión de cualquier jerarquía. También Weitling (1817-1875), uno de los impulsores del movimiento obrero alemán, elogiado por Marx y Engels, y miembro de la llamada *Liga de los Justos* para quienes ambos redactaron el Manifiesto Comunista. Se inclinó, tras su emigración a Nueva York, hacia posiciones mutualistas, con la defensa de un banco de cambio que proporcionara créditos a los trabajadores y destruyera el monopolio de los financieros, de tal manera que el cooperativismo fuera la base de las estructuras económicas sin la intervención de las instituciones políticas.

El anarquismo probablemente no hubiera sido más que mera especulación teórica si no hubiera habido un número importante de activistas que lo impulsaron, creando diferentes organizaciones con la pretensión de destruir la sociedad capitalista y el Estado. Su vinculación al movimiento obrero le hizo adquirir fuerza en medio de las luchas reivindicativas y revolucionarias de finales del siglo XIX y principios del XX. En todo ello la figura del ruso Mikhail Bakunin (1814-1876) representó un papel decisivo.

Todos los que lo conocieron han destacado su gran volumen físico, con una amplia cabellera y una potente voz que le proporcionaban un aspecto majestuoso. Nació en 1814, a unos 200 kilómetros de Moscú, en una aristocrática familia provinciana que contaba con siervos para el cultivo de las tierras. Su padre era además un médico empleado del Estado que fue empobreciéndose a medida que su hacienda experimentaba el hundimiento del precio del trigo en los mercados internacionales. A los 14 años fue admitido en la escuela de artillería de San Petersburgo, pero en 1835, siendo ya oficial, abandonó el ejército y se ganó la vida como profesor particular de matemáticas. Comenzó a leer a Kant, Fichte, Schelling, Hegel, y entabló amistad con escritores rusos como Belinsky y Herzen, quien le ayudó a trasladarse a Berlín, donde contactó con los jóvenes hegelianos. A partir de entonces inició un periplo por las principales ciudades europeas, fundando organizaciones revolucionarias secretas y participando en revueltas y conjuras que le llevaron a ser considerado *la bestia negra* de todas las policías de la época. En París conoció a Marx y otros pensadores de la izquierda, aunque se sintió atraído por las ideas de Proudhon, Fue expulsado de Francia por sus actividades entre los emigrantes polacos con el proyecto de derrocar al zar y liberar Polonia.

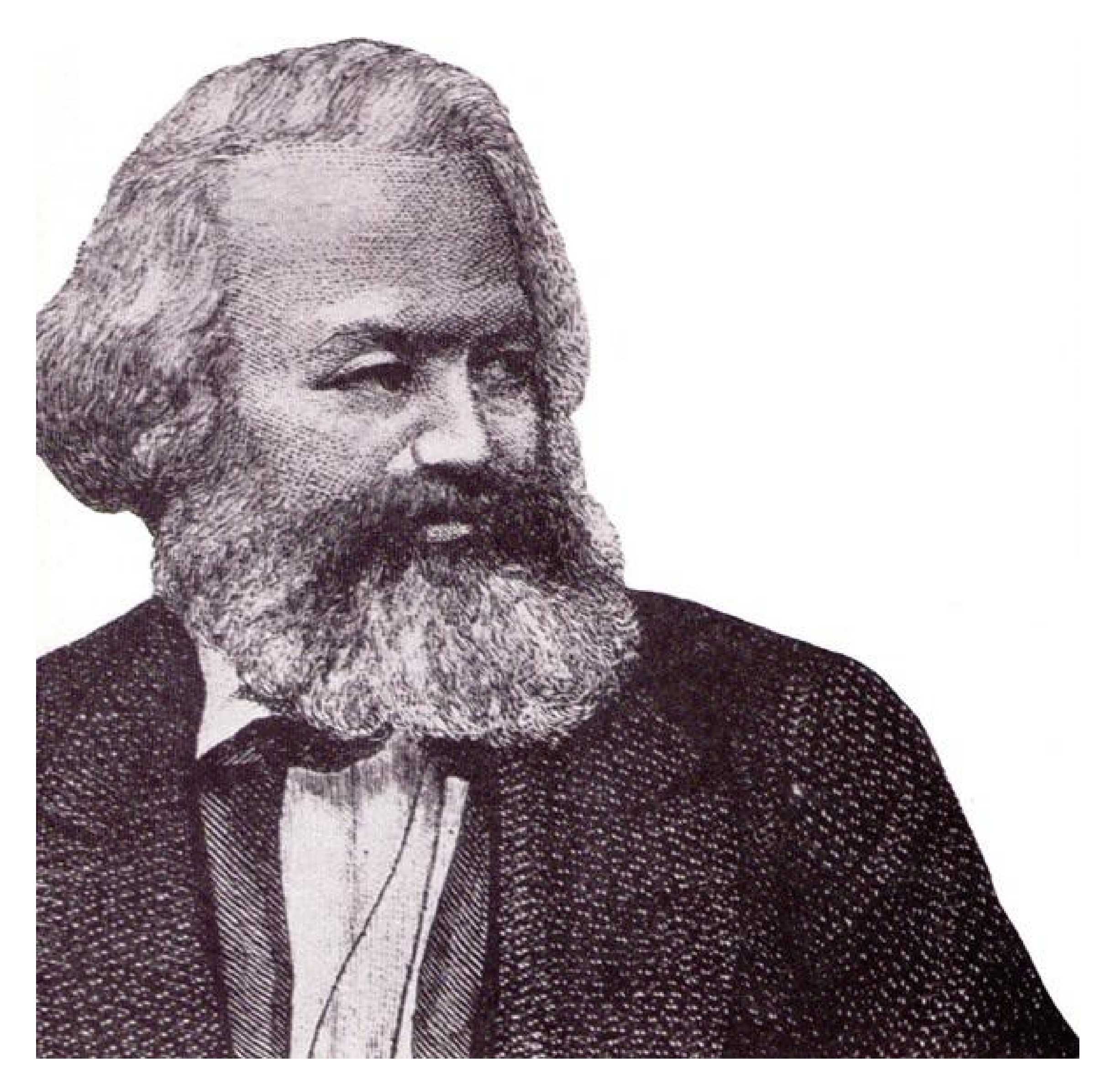
En 1848 vuelve de nuevo a París, en plena revolución, y convive en las barricadas con los obreros de la ciudad. Preocupado por la causa de los pueblos eslavos, participó en el Congreso Paneslavista de Praga en junio del mismo año con un discurso en el que propuso que todos aquellos debían formar una federación y destruir el Imperio austrohúngaro. Apunta ya ideas que reflejan su pensamiento futuro: los problemas sociales se resolverían destruyendo la sociedad vigente.



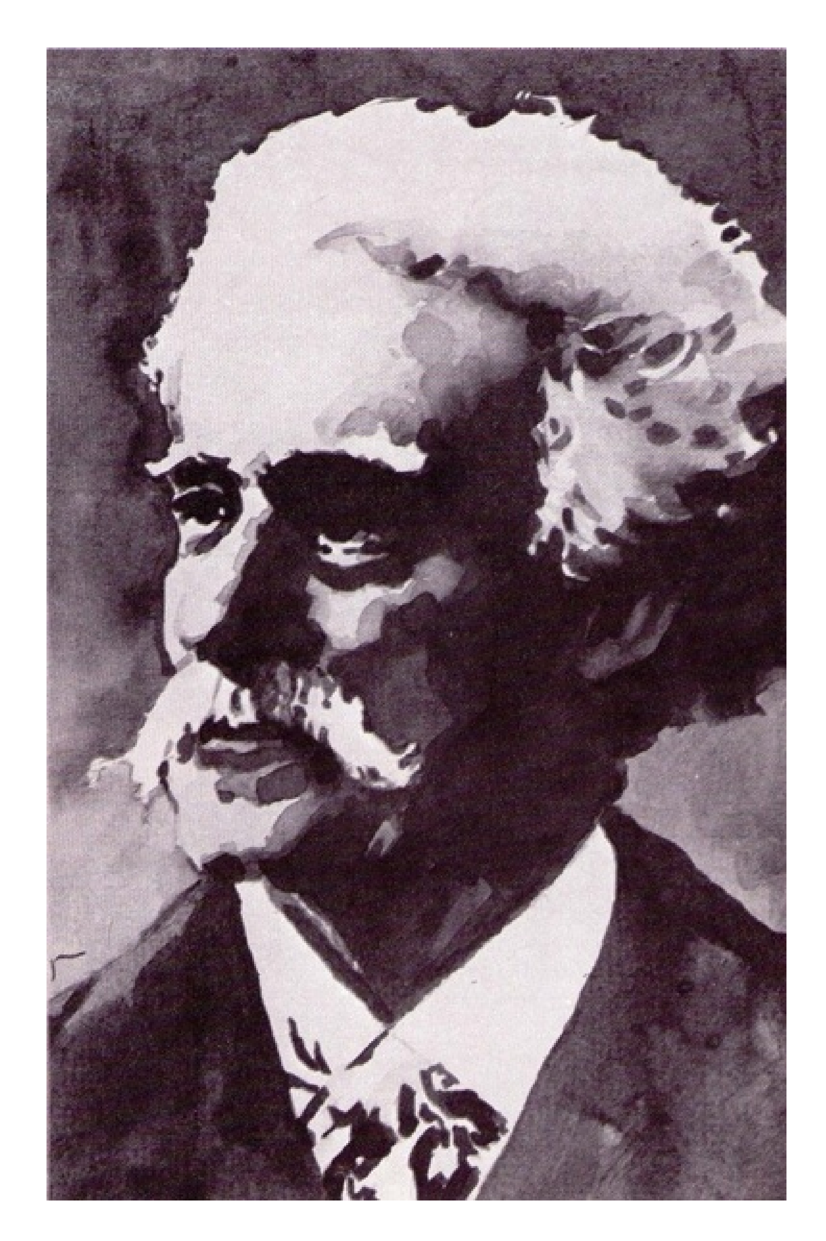
Mikhail Bakunin, figura decisiva para la fundación del anarquismo, hacia 1872 (dibujo de Ortega).

Un año más tarde intervino en el levantamiento de Dresde, en el que también colaboró el músico Wagner. El ejército prusiano le hizo prisionero y le condena a muerte en 1850. Conmutada la pena por cadena perpetua fue trasladado a Austria, desde donde, juzgado y condenado de nuevo, pasó a Rusia, reclamado por la policía zarista. Permanecerá encarcelado hasta 1857 y escribiría entonces una carta justificativa al zar. Deportado a Tomsk, en Siberia, en un estado de debilidad física acusada, se casará con la hija de un funcionario de origen polaco, Antonia Kviavtovki. Sus relaciones no fueron fáciles y se ha especulado con su impotencia y homosexualidad, ya que los tres hijos de ella no parecen haber sido de Bakunin. En 1861 consigue escapar de Siberia, con ayuda de varios oficiales amigos del ejército, lo que le valió el infundio de ser un agente zarista, viajó de Japón a San Francisco y de allí a

Nueva York, donde embarcó hacia Londres, centro de exiliados y pensadores revolucionarios en aquellos años. Es el momento en que escribió dos folletos: *A mis amigos rusos y polacos* y *La causa del pueblo*, en los que exaltaba el papel revolucionario del campesinado.



Karl Marx.



Paul Lafargue. Ambos resultaron decisivos para la expulsión de Bakunin de la Internacional.

Después de una fracasada expedición a Polonia para apoyar la insurrección de 1863 mediante el proyecto de sublevar a Finlandia contra el zar, se dirigió a Italia y reclutó un grupo entre los seguidores de Mazzini, a quien había conocido en Londres. Fue Nápoles el centro de operaciones, y las duras condiciones de vida de los campesinos en la zona le confirmaron sus ideas acerca de cuál era la auténtica clase revolucionaria. En esta ciudad, por influencia suya, surgirá el primer núcleo de la *Internacional*, que se extendería hasta Milán, la Romaña y Sicilia. Fundó entonces la *Alianza de la Democracia Social* y la liga secreta *Fraternité Internationale*, para la que redactó, en 1865, un *catecismo revolucionario* donde se exigía *la abolición del Estado —tutelar, dominante, centralista—* y la absoluta libertad de todos

los individuos de las asociaciones productivas y de las comunas. Sin embargo, su capacidad de acción fue muy superior a su producción teórica.

En 1864 se fundó en Londres la *Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)* con el decisivo impulso de Marx, celebrando su primer congreso en 1866 en Ginebra. En sus inicios pretendía ser una organización coordinadora de todos los movimientos obreros, independiente de su orientación teórica o política, y en la que cabían también personalidades aisladas.

Entre tanto, Bakunin participaba, en 1867, en otro tinglado conocido como la *Liga para la paz y la libertad*, que celebró un congreso en Ginebra con la asistencia de figuras como Víctor Hugo, Stuart Mill, Herzen o Garibaldi, y con el propósito de unir Europa bajo un gobierno republicano.

En 1868, año del III Congreso, en Bruselas, Bakunin es aceptado como miembro de la *Internacional*. Entonces las tesis del mutualismo proudhoniano estaban siendo discutidas y serian desechadas en favor del colectivismo de los medios de producción, incluida la tierra. También la huelga fue considerada como *una necesidad en la actual situación de lucha entre el capital y el trabajo*. Quedó aprobada una resolución contra la participación en el II Congreso de la *Liga para la paz*, a la que invitaban a disolverse y unirse a la *Internacional*. Bakunin y sus seguidores considerarían que la liga no tenía un proyecto revolucionario y se apartarían de ella, creando la *Alianza de la Democracia Socialista*, continuadora de la fundada años antes. El objetivo era orientar la lucha obrera por el camino de la revolución que aboliera todos los gobiernos y jerarquías. Su estructura suponía un antecedente de otras organizaciones específicas surgidas en los medios anarquistas. El Consejo General de la *AIT* no aceptó su incorporación como tal entidad y, desde entonces, la *Alianza* se disolvió, incorporándose a la *Internacional* las diferentes secciones, aunque en la práctica seguiría funcionando en España, Suiza e Italia, principalmente.

En el IV Congreso de Basilea, Bakunin, dedicado en este tiempo a la traducción al ruso de *El Capital* propuso como tema clave la desaparición del derecho de herencia. Para Marx, en cambio, la cuestión representaba una desviación teórica. Empezaba así el enfrentamiento radical entre ambos. *El gordo Bakunin* —decía en una carta Engels a Marx, el 27 de julio de 1869— *está detrás de todo, esto es evidente. Si este maldito ruso piensa realmente, con sus intrigas, ponerse a la cabeza del movimiento obrero debemos evitar que pueda hacer daño*.

La guerra franco-prusiana de 1870 produjo discusiones en el seno de la *Internacional*. Marx pensaba que un triunfo prusiano sería útil para la unidad de la clase obrera alemana, mientras que Bakunin acusaba a los germanos de provocar el conflicto. Y en medio de estos acontecimientos estalló la Comuna de París, en 1871, intento de transformación social revolucionaria en una ciudad sitiada por las tropas prusianas. Todo acabó con la derrota de los

comuneros. Para Bakunin fue un símbolo de levantamiento antiestatal y para Marx el primer ejemplo de control del poder por la clase obrera.

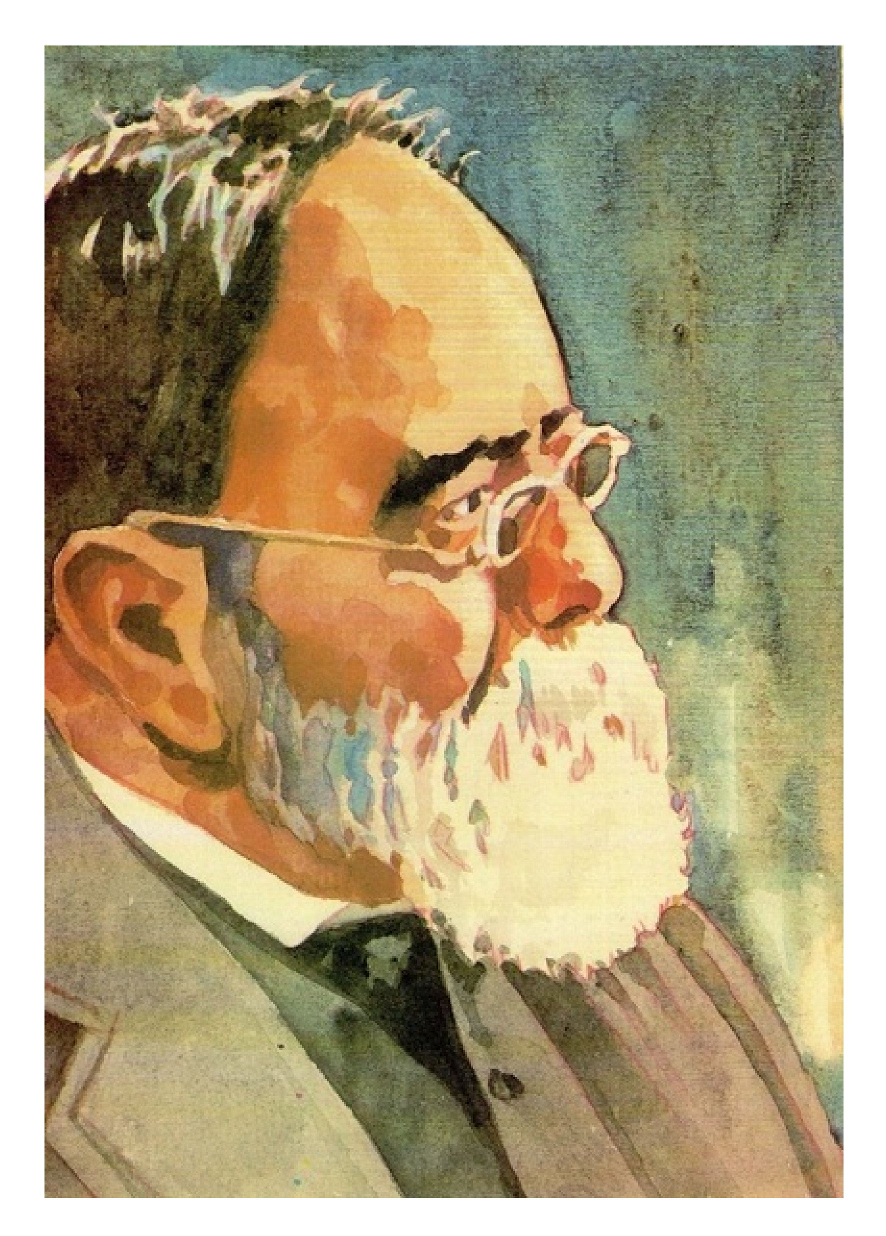
La *Internacional* celebró una conferencia en Londres en 1871, a la que asistió Anselmo Lorenzo, uno de los fundadores de la sección española, que dejó en sus memorias, *El proletariado militante*, su impresión del hecho. En una carta dirigida a compañeros de Barcelona escribió: *Si lo que Marx ha dicho de Bakounine* (sic) *es cierto, éste es un infame, y si no, lo es aquél; no hay término medio: tan graves son las censuras y acusaciones que he oído*. El debate estaba centrado en el papel del Consejo General de la *AIT*, que Marx y sus seguidores pretendían que tuviera un protagonismo decisorio y no se limitara a una mera coordinación de las federaciones, como propugnaba la *Federación jurasiana*, núcleo de los trabajadores relojeros y aglutinadora de las tesis antiautoritarias, con J. Guillaume a la cabeza. Este, uno de los más fervientes seguidores de Bakunin, escribió un libro, *Ideas sobre la organización social*, tal vez el primer compendio de las tesis anarquistas: prevé una sociedad revolucionaria donde los pequeños propietarios agrícolas, unidos para adquirir maquinaria en común y otras labores comunitarias, estarán coordinados con otras regiones en las que la tierra estará colectivizada.

El V Congreso de La Haya en 1872 supuso la escisión del movimiento obrero internacional y la práctica desaparición de la *AIT*. Se discutió de nuevo sobre los poderes del Consejo General, y con la ausencia de los italianos, el llamado sector *autoritario* —partidarios de Marx, fundamentalmente— impuso su criterio: *El Consejo General está obligado a cumplirlas resoluciones de los congresos y vigilar que en cada país se apliquen estrictamente los principios, los estatutos y los reglamentos*. Dos modelos de organización estaban enfrentados: uno centralista, el otro federal y autónomo, que respondían a dos concepciones diferentes de la lucha revolucionaria. Bakunin y Guillaume fueron expulsados con la acusación de seguir manteniendo secretamente a la *Alianza* en el seno de los núcleos internacionalistas, a partir de los informes que el yerno de Marx, Paul Lafargue, elaboró durante su estancia en España.

Los antiautoritarios celebraron, por iniciativa de los italianos, una reunión en Saint-Imier, en septiembre de 1872, en la que decidieron continuar con la *Internacional*, al margen de los autoritarios, y no reconocer los acuerdos de La Haya. Españoles, suizos, italianos y franceses participaron en las secciones. Se fijaron los principios que iban a constituir la guía del movimiento libertario: la destrucción del poder político es el primer deber del proletariado, y éste ha de establecer, fuera de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria.

Los que no se unieron a esta escisión trasladaron la sede del Consejo General a Estados Unidos, y la primitiva *AIT* dejó de existir tras su último congreso de Filadelfia en 1876.

En aquel tiempo, al revolucionario ruso le faltaban ya las fuerzas, aunque redactó la síntesis de su pensamiento en *Estado y Anarquía*, que junto con *Dios y el Estado*, escrito en 1871, componen su aportación más importante al anarquismo. Su amigo, el aristócrata italiano Carios Cafiero, le dejo una villa de su propiedad en Locarno y la posibilidad de administrar parte de su fortuna, con la intención altruista de convertir la residencia en el centro de irradiación de la revolución mundial. Pero Bakunin se dedicó a descansar, comprando nuevo vestuario e invitando a sus amigos, Cafiero le expulsó de su casa y a partir de entonces la degradación física e intelectual fue en aumento, incluso llegó a escribir a Guillaume que *es inútil lo imposible. Debemos ver la realidad tal cual es y darnos cuenta de que por el momento las masas populares no desean el socialismo*. Sin embargo, aún realizó un último esfuerzo y participó en otro levantamiento fallido en Bolonia, durante 1874, como un postrero intento de ser coherente con su vida, aunque no creyera ya en la vía insurreccional.



Anselmo Lorenzo, líder obrero y principal impulsor en España de la Internacional (AIT) (dibujo de Ortega).

Al margen del decaimiento físico y psíquico de Bakunin, sus apreciaciones sobre los cambios que experimentaban los países europeos eran ciertos. El nacionalismo, con las unificaciones de Alemania e Italia, había perdido mucho de su primer impulso revolucionario. Los Estados se reforzaban apoyados, cada vez más, por una burguesía industrial y financiera que veía en ellos el cauce para la expansión económica. Los técnicas antirrevolucionarias se perfeccionaron y las policías y los ejércitos aprendieron de las experiencias pasadas. No resultaba fácil ganar la partida en las barricadas a estos poderes cada día más sólidos. No obstante, el desarrollo social y económico era muy desigual. En los propios países industriales el desempleo significaba el hambre y la miseria.

Una mayoría de naciones seguía manteniendo en Europa una producción

fundamentalmente agrícola, con núcleos industriales aislados y un campesinado que veía perder su estabilidad secular ante unos propietarios interesados en sacar el máximo rendimiento a sus cosechas en los mercados internacionales. En esta sociedad de contrastes las ideas de Marx y Engels señalaban al proletariado industrial como el eje del progreso y hacían de la organización política el elemento básico para conquistar el poder y establecer el socialismo.

Para los anarquistas, en cambio, no estaba claro el valor revolucionario de los obreros de las nuevas fábricas. Sectores como los pequeños propietarios, los jornaleros sin tierra, los arrendatarios, el llamado lumpen-proletariado, correspondiente a los sectores más bajos de la economía capitalista, es decir, trabajadores sin cualificación que realizaban las peores faenas o sectores artesanales, cuya capacidad personal era fundamental para la realización del producto, podían desarrollar mayor Ímpetu de transformación social y eran más propicios a un cambio radical de las estructuras vigentes.

Los libertarios, al revés que el marxismo, no creían que la revolución sería protagonizada irremisiblemente por una clase, pretendían liberar a la humanidad entera, sin distinciones sociales, y si sus ideas tenían mayor arraigo entre obreros y campesinos era la consecuencia de sufrir con más intensidad la explotación social y económica, pero todos, en el fondo, padecían la desorganización capitalista y su degradación moral…

Después de la muerte de Bakunin —en 1876— y la crisis de la *Internacional*, una nueva generación de líderes intentará convertir el anarquismo en la auténtica alternativa revolucionaria. Pero el movimiento adquiere una dinámica dispersa, caracterizada por diversas líneas de acción, que dura en mayor o menor grado hasta 1917, año de la Revolución Rusa.

La propaganda por la acción

La tradición insurreccional se dejó sentir en la *propaganda por la acción*, que provocó una ola de atentados terroristas contra personalidades o instituciones de la época, La violencia había sido considerada hasta entonces como inevitable para realizar la revolución, pero siempre desde la perspectiva de un pueblo alzado en armas contra sus opresores que, irrevocablemente, choca contra los poderes instituidos. Algunos grupos o individuos calificados de anarquistas cambiaron este sentido y la ejercieron como el único medio válido para despertar a los miembros de una sociedad oprimida y aletargada.

Fue en 1881, en una reunión celebrada en Londres, con asistencia de distintas figuras revolucionarias entre los que se encontraban Malatesta y Kropotkin, y que recibió el nombre de *Congreso Internacional Anarquista*, donde se explicitó, en medio de fuertes discusiones, la propaganda por el hecho, como camino para alcanzar el triunfo revolucionario. Ya la *Internacional* surgida en Saint-Imier, en su última reunión de Veviers en 1877, manifestó su solidaridad con distintos atentados y levantamientos habidos en algunos países europeos, como el protagonizado por Zasulich en San Petersburgo contra el gobernador de la ciudad, o los movimientos de Benevento —Italia— y Estados Unidos.

Probablemente la tradición del nihilismo ruso ejerció alguna influencia en esta actitud. Rusia vivía en medio de grandes tensiones sociales y el atentado se convirtió para seguidores de esta corriente filosófica en una salida para un mundo al que consideraban absurdo, regido por un zar que creía vivir todavía en el absolutismo monárquico, en medio de un pueblo de campesinos que lo consideraban como *un padre*. El asesinato de Alejandro II en 1881 era, a la vez, un signo de destrucción y ejemplo para quienes le tenían como un ser inviolable. El propio Bakunin, durante su estancia en Berna, había entrado en contacto en 1869 con su compatriota Nechaev, atribulado personaje, defensor a ultranza del terrorismo para lograr la rebelión popular. Escribieron conjuntamente un *catecismo revolucionario* en el que proclamaban la lucha total contra el Estado. Otro ruso, el príncipe Kropotkin, posiblemente el máximo pensador y sintetizador de las ideas libertarias, en su primera época de residencia en Suiza escribió en *Le Revolté*: *nuestra acción ha de ser la revolución permanente, de palabra y por escrito, con el cuchillo, el fusil o la dinamita*.

Mientras los marxistas contribuían a la creación de los partidos socialistas, fundadores de la *II Internacional*, la desaparición de una coordinación internacional estable entre organizaciones y círculos vinculados al anarquismo provocó la dispersión en grupos dispares, semiclandestinos y autónomos, Esto facilitó la práctica del atentado contra los dirigentes del poder social y económico, que no iba dirigido, en muchos casos, contra la persona afectada sino en tanto que representante de la opresión.

Reyes, presidentes, ministros, empresarios o instituciones de Europa y América padecieron sus consecuencias entre 1880 y principios del siglo XX. Todo ello generó una visión del libertario asociada al terrorista, que repercutió en literatura y en la mentalidad de la época, como reflejan los relatos de Joseph Conrad, *El agente secreto*, o de Henry James, *La princesa Casamassina*. El fenómeno tuvo repercusiones en la legislación de distintos países que recrudecieron la represión contra todo lo que les sonaba a acracia, a la que atribuían los males de una conjura internacional. En noviembre de 1898 delegados políticos y dirigentes policiales se reunieron, por primera, y ultima vez, en Roma en una *Conferencia internacional Antianarquista*, para coordinar sus acciones.

En ocasiones resultaba difícil trazar una linea de separación entre la reivindicación revolucionaria y cualquier grupo o individuo armado con fines delictivos que, en ocasiones, experimentó la conversión al anarquismo. Como el francés Clement Deval, conocido ladrón, quien llegó a afirmar en su juicio que no perseguía más fin que el reparto de la riqueza; o el caso del legendario Ravachol, ejecutado en 1892, tras matar a un viejo ermitaño con la excusa de donar el dinero robado a la causa libertaria, o sus intentos de destruir mediante bombas las casas de jueces que habían condenado a obreros. Otros, en cambio, dirigieron sus ataques con plena conciencia de reivindicación social, aunque en sus acciones murieran inocentes, como en la explosión del café *Terminus* en la Gare St. Lazare de París, provocada por Emily Henry.

Los asesinatos de Carnot, presidente de la República francesa, de su homólogo de los EE. UU., McKinley, del rey de Italia Humberto I, de la emperatriz Isabel de Austria o del presidente del Consejo de Ministros español, Cánovas —a manos del italiano Angiolillo—, son los hechos más representativos de esta táctica. Otros tuvieron un carácter más masivo: la explosión de la Bolsa de París, la bomba que el francés Vaillaut arrojó en la Cámara de los Diputados en 1893, la lanzada en el Liceo de Barcelona el 7 de noviembre de 1893, o la de la calle Cambios Nuevos de la misma ciudad cuando pasaba la procesión de Corpus de 1896, que ocasionó seis muertos y

muchos heridos. Este hecho provocó una fuerte represión indiscriminada con más de 400 detenidos y los llamados *procesos de Montjuich*, que, sin garantías jurídicas, condenaron a varios encartados. Algunos de ellos describirían en la prensa las torturas padecidas, desatándose una campaña por toda Europa.

Los atentados, además de la dimensión filosófica última de destrucción del poder instituido, tienen en otras ocasiones causas próximas, motivadas por el sentimiento de una justicia revolucionaria ante acontecimientos considerados como represivos. Es el caso de los sucesos de Chicago de 1886. Allí, como en otra ciudades americanas, los emigrantes alemanes, rusos e italianos habían propagado el anarquismo y los obreros luchaban por la jornada de ocho horas. En un choque entre policías y manifestantes explotó un artefacto en medio de la muchedumbre. Algunos libertarios fueron acusados de este suceso y cuatro de ellos ejecutados sin suficientes pruebas.

El suceso se convirtió en un símbolo para la historia del movimiento obrero que celebró, a partir de entonces, el 1 de mayo como fecha de sus reivindicaciones. De igual modo, el juicio y su posterior condena a la silla eléctrica de dos emigrantes italianos anarquistas, Sacco y Vanzetti, estuvo presidido por los prejuicios de una sociedad que veía en esta ideología la destrucción de sus valores. Este y otros hechos sirvieron de justificación a las acciones de muchos anarquistas americanos y que como el alemán Johann Most, Emma Goldman o Alexander Berkman sufrieron persecuciones y encierros en las cárceles estadounidenses.

Bakunin, un revolucionario a la vieja usanza, se preocupó principalmente de organizar la insurrección, sin embargo, sus aportaciones teóricas resultaron escasas. Insistió en las ideas de una sociedad sin gobierno y en la colectivización de los medios de producción, pero sus escritos están orientados a conseguir la claridad de exposición de cara a la agitación, Seria otro ruso, con el rango aristocrático de príncipe, Piotr Kropotkin (1842-1921), quien intentaría fundamentar una concepción científica del mundo y de la evolución social desde la perspectiva anarquista.

Kropotkin, según varios testimonios, tenía un aspecto apacible y bondadoso que le asemejaba a un santón patriarcal. Había nacido en Moscú en una familia de la gran nobleza, con una gran propiedad en la que trabajaban más de 12.000 siervos. En 1857 entró en el distinguido cuerpo imperial de pajes de San Petersburgo y fue destinado al servicio de fiestas de la corte, donde observó la vida de la familia real. Ascendido a oficial, eligió un destino con los cosacos del Amur, en Siberia. Exploró varias regiones con resultados valiosos para el conocimiento geográfico. Trabó amistad con algunos oficiales amigos de Bakunin y comenzó a leer a Proudhon. En 1868 abandonó el ejército para dedicarse al estudio de la geografía en la universidad de la capital zarista y empezó a preocuparse por las duras condiciones de los campesinos fineses al realizar una expedición a este país. En 1872 visitó Zurich y Ginebra y contactó con miembros de la Federación del Jura. Conoció después en Bélgica al médico César de Paepe, hombre clave en la formación del movimiento obrero de su época.

De vuelta a Rusia se relacionó con sectores de la oposición que demandaban reformas democráticas, y apoyó las reivindicaciones de los trabajadores de la industria textil. Detenido y encarcelado en la fortaleza de Pedro y Pablo, en la que permaneciera Bakunin, cayo enfermo de escorbuto y fue internado en un hospital, del que pudo escapar en una rocambolesca huida en 1876. Deambuló por varias ciudades europeas: primero Edimburgo y Londres, para fijar su residencia en Suiza, en La Chaux-de-Fonds. Pronto se convirtió en el director de *Le Revolté* y trabó amistad con el francés Elíseo Reclús, bibliotecario y geógrafo, exiliado por su participación en la Comuna y uno de los primeros teóricos del comunismo anarquista.



*Atentado en el que murió el zar Alejandro II (*La Ilustración Española y Americana*, grabado coloreado por Ortega).*

Asistió a los congresos de Veviers de la *Internacional Antiautoritaria* y a la *Internacional Socialista* de Gante que pretendía la reunificación del movimiento socialista. En 1878 se casó con Seña, una estudiante ucraniana de origen judío, identificada por aquel entonces con los nihilistas.

A raíz del mortal atentado contra el zar Alejandro II y la represión desencadenada en Rusia, Kropotkin fue expulsado por una serie de artículos en la revista por él dirigida, que aparecerían después recopilados en *Palabras de un rebelde*. Recaló en el pequeño pueblo francés de Thonon, cerca del lago Leman, desde donde colaboraba en varias publicaciones, entre ellas la *Enciclopedia Británica*. Detenido en 1882, se le juzgo en Lyon bajo la acusación de estar afiliado a la *Internacional* y tuvo la oportunidad de hacer una declaración de sus ideales en la vista oral. Condenado a cinco años, impartió clases a sus compañeros de presidio, Alcanzó la libertad en 1886, después de que un grupo de intelectuales pidiera insistentemente su liberación, pero para evitar la posibilidad de una extradición a Rusia marcharía a Inglaterra, donde residiría hasta su regreso a su país tras la revolución de 1917.

En Londres, con una vida sosegada y familiar, dedicaría la mayor parte de su tiempo a pronunciar conferencias o publicar en distintas revistas sus libros

más importantes: *La Conquista del Pan, Campos, fábricas y talleres, La Ayuda Mutua, La moral anarquista*, y *Ética* —obra póstuma—, suelen ser compilaciones de diversos artículos y ensayos aparecidos en parte en *Le Revolté* y en *Freedoe*, órgano de un pequeño grupo que articuló en la capital inglesa. Su participación política disminuyó y cuando firmó un manifiesto a favor de los aliados en la I Guerra Mundial, recibió rechazo de muchos anarquistas, desertores algunos de ellos por mantener el antimilitarismo en medio de un conflicto bélico al que consideraban consecuencia de las tensiones propias de los Estados capitalistas. Colaboró no obstante en mitines y mantuvo una buena relación con la *sociedad fabiana* y la *Liga Socialista* de William Morris, con quien trabó amistad. Este era el autor de Noticias de ninguna parte, que alcanzaría gran difusión entre los medios ácratas por sus planteamientos y propuestas, al concebir un futuro sin gobierno.

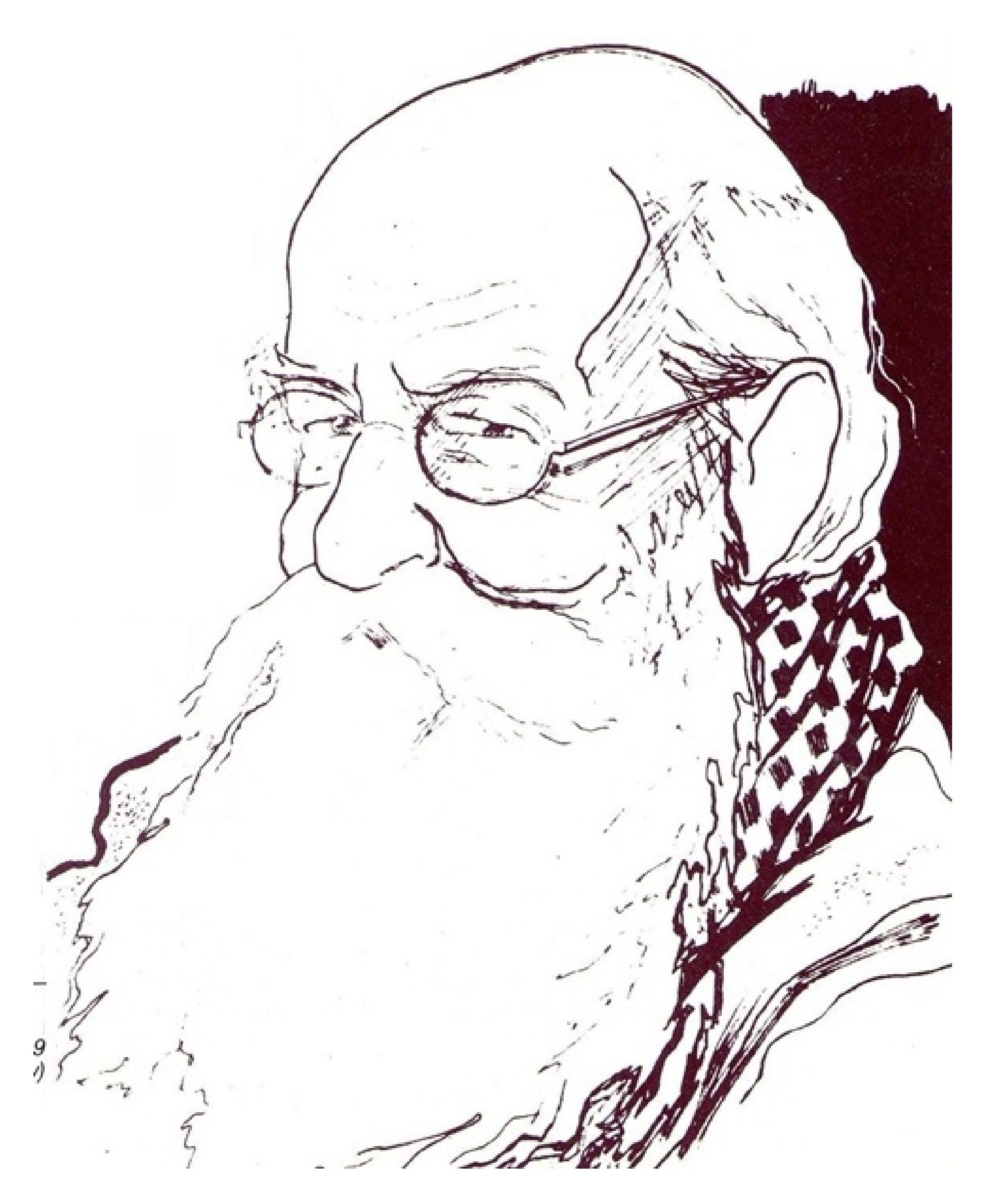
El pensamiento de Kropotkin girará en torno a tres elementos fundamentales. En primer lugar estimaba que había de preocuparse, en la organización de la nueva sociedad, no sólo de la distribución sino también de la producción. Resultaba, por ello, ineludible colectivizar tanto los medios de producción como los bienes obtenidos y establecer una estructura comunista sin jerarquías.

Con la catalogación de las necesidades auténticas de los hombres y mujeres, de acuerdo con su naturaleza, se obtendría lo imprescindible, y de esa manera se iniciaría la racionalización de la economía en las comunas autosuficientes. Las diferencias entre campo y ciudad desaparecerán y la producción industrial no tendrá un carácter centralizado, en contraposición a la concepción de la división del trabajo analizado por Adam Smith. La agricultura podrá adquirir, con técnicas adecuadas, una productividad suficiente. Las relaciones entre las comunas —pensaba con optimismo— serán a partir de entonces armoniosas pues, desaparecido el capitalismo, los problemas de enfrentamiento por el dominio del mercado no existirán. Sus dimensiones no se reducirían a la extensión municipal, abarcaría un territorio amplio como algunos de los Estados del oeste de EE. UU., Idaho u Ohio, por ejemplo. Por todo ello, el primer paso de la revolución consistía en expropiar todas las industrias, talleres y campos, para pasar del principio *a cada cual según sus capacidades* al de *a cada cual según sus necesidades*.

En segundo término Kropotkin desarrolló la idea del apoyo mutuo en respuesta a todas las traspolaciones que se hacían de las investigaciones de Darwin a la evolución de la sociedad, con la insistencia del dominio de los más fuertes, o los más capacitados. Entendía, por el contrario, que la cooperación estaba estrechamente vinculada a la naturaleza humana en función de la tendencia de cada especie a la ayuda reciproca entre sus miembros, y daba ejemplos del mundo animal y de los pueblos primitivos. Desde esta perspectiva interpretaba toda la historia de la humanidad, en la que el predominio de los instintos de codicia y la renuncia de los ciudadanos a sus derechos han propiciado las jerarquías y los despotismos.

En su residencia inglesa fue moderando el radicalismo de sus años de juventud con el que justificaba la violencia social, y cada vez se mostraba más a favor de los cambios sociales lentos y graduales, con una mayor confianza en los procesos pacíficos.

La tercera faceta de su obra se centra en torno a la moral y la ética. Partió de la obra de Marie-Jean Guyau *Estado de una moral sin obligaciones ni sanciones* (1885), leída y estudiada también por Nietzsche. Kropotkin intenta analizar el comportamiento humano y su proyección en la sociedad armónica del comunismo anarquista. La moral deberá estar basada en la libertad y en los instintos de generosidad, solidaridad y justicia, tan naturales como los de odio y destrucción. No creía en principios sobrenaturales que fundamenten la actuación de los hombres. Como en todas las cuestiones, para él la ciencia debía guiar las normas éticas.



Piotr Kropotkin en 1919 (por Yuri Annenkov).

Estaba convencido de que investigando y descubriendo la naturaleza social, a través de la historia, podían extraerse conclusiones sobre las

relaciones adecuadas entre los individuos, quienes en unas condiciones favorables desarrollarán el placer de la libertad y desecharán las jerarquías de cualquier tipo. Lo que impulsa a una acción correcta o incorrecta no son los ángeles o los diablos, sino la necesidad de satisfacción natural. El comportamiento humano no es indiferente a una valoración moral, pues de la misma manera que sentimos gozo o rechazo ante la misma naturaleza —un olor agradable o desagradable—, también tenemos conciencia del bien o del mal.

Kropotkin ejerció una influencia considerable en los círculos anarquistas de todo tipo y tendencia, que arrinconaron el colectivismo y proclamaron el comunismo libertario. Propuso una explicación del mundo en torno a la que giró la mayoría de las discusiones de los ácratas, pero no aportó gran cosa sobre el modelo de organización adecuado para progresar en la lucha presente.

Los grupos anarquistas se debatieron en discusiones estériles que les llevaban a la fragmentación y el aislamiento, o en todo caso, confiados en el papel de la educación que habría de madurar la evolución ineludible del nuevo mundo, esperaban que los procesos sociales acontecieran como la ley de la inercia. No obstante, continuaron defendiendo y divulgando con vigor los ideales internacionalistas de la revolución, opuestos a cualquier nacionalismo, así como su acendrado anticlericalismo y antimilitarismo. La misma propaganda por la acción, realizada muchas veces en solitario, mostró con el tiempo su ineficacia, e incluso acarreó una repercusión contra-ria a lo que pretendían, ante la impopularidad de la acción terrorista.

Fueron marginados también de los primeros congresos de la *II Internacional*, que eran multiformes, con la participación de organizaciones obreras, políticas y sindicales. En el celebrado en Londres en 1896 se decidió la expulsión de los libertarios por su rechazo de la acción política. Fue entonces cuando apareció el sindicalismo como el recambio a la impotencia: la confluencia de las ideas anarquistas con la lucha sindical generaría el anarcosindicalismo, con gran arraigo en Francia, Italia, España, Argentina y Uruguay.

Al novelista ruso León Tolstoi (1828-1910), que mantuvo relación epistolar con Kropotkin, puede citársele como el fundador de un anarquismo cristiano. Propugnaba la abolición de la propiedad privada como único camino verdadero para alcanzar el reino de Dios, al propiciar la desaparición de todos los males que envilecen al hombre: engaños, cárceles, odios, policías, guerras y Estados. El creyente sólo podía adoptar la vía de la no

violencia, junto a un comportamiento austero que rechaza el lujo y todos los valores burgueses que glorifican el trabajo y la productividad, provocan la crueldad y matan el sentimiento moral.

El anarquismo apenas tuvo incidencia en Alemania e Inglaterra, pese a ser Londres ciudad de acogida de muchos refugiados libertarios. En Holanda y Bélgica influyó en cierta medida en los inicios del movimiento obrero. Rusia, Francia, Suiza, Italia, algunas ciudades de EE. UU., Argentina, Uruguay y sobre todo España fueron los núcleos principales de su expansión, que tuvo su máximo desarrollo hasta los años de la primera guerra mundial y la Revolución Rusa.

Italia había sido el lugar preferido por Bakunin para la difusión y realización de sus ideas, e inspiró a toda una generación que expandió el ideal de la acracia por todo el país y posteriormente entre los emigrantes de Sudamérica y EE. UU. Costa, Cafiero y Malatesta fueron los líderes más representativos, y al principio siguieron impulsando la insurrección, que tanto agradaba al revolucionario ruso. En una tierra donde Mazzini y Garibaldi eran los héroes populares, los anarquistas tuvieron que emular sus hazañas y emprendieron una campaña de agitación y levantamientos de campesinos y trabajadores de las ciudades, con declaración de huelgas y acción directa como método de lucha. Sin embargo, a pesar de todos sus dirigentes, cuajó más en las urbes que entre los agricultores, pero se vio impotente para encauzar un movimiento de masas organizado. Costa reconsideró sus teorías y optó por la acción política, y Cafiero acabó apoyando las candidaturas socialistas al Parlamento, para morir recluido en un manicomio, Sólo Malatesta mantuvo sus ideales toda su vida, pero ante una constante persecución policial hubo de deambular por varios países europeos y americanos.

A finales del siglo XIX el anarquismo en Italia era una fuerza dispersa, y el intento de Malatesta, Merlino y Cipriani de fundar el Partido Anarquista-Socialista-Revolucionario, en 1891, con el propósito de coordinar todos los grupos autónomos, no llegó a consolidarse. Habría que esperar a la formación del sindicalismo, a principios del XX, para que experimentara un nuevo renacimiento. A pesar de los recelos de Malatesta sobre la posible confusión entre anarquismo y sindicalismo, expresados en 1907 en el Congreso Anarquista italiano de Roma, una mayoría de militantes consideró necesario vincularlos. El movimiento libertario podía mantenerse sin jerarquías, pero no sin organización.

En 1906 se había creado la *Confederazione Genérale del Lavoro (CGL)*, pero los ácratas estaban en minoría y optaron por pertrecharse en las *Cámaras de Trabajo*, que tenían un carácter local de resistencia. En 1912, junto con sindicalistas revolucionarios fundaron, en un congreso en Módena, la *Unione Sindicale Italiana*, cuya influencia aumentó hasta alcanzar los 500.000 miembros en 1919, Su teórico más importante, Muro Labriola, partió de una interpretación marxista de la lucha de clases, de las ideas de Sorel contenidas en *Consideraciones sobre la violencia* y de la experiencia francesa de Pelloutier para llegar a la formulación del sindicalismo revolucionario, con

completa autonomía de los partidos y como síntesis entre las dos corrientes del movimiento obrero.

En 1914, durante la llamada *Semana Rossa*, estalló por toda la península una serie de huelgas generales en el campo y las ciudades que parecían anunciar el inicio de la nueva era y que reafirmaron a Malatesta en su convicción de la solidaridad y convergencia de todos los trabajadores, diferencias políticas e ideológicas aparte.

Con la Revolución Rusa el anarcosindicalismo italiano aceleró sus reivindicaciones. En 1920 una nueva oleada de huelgas y ocupaciones de fábricas, dirigidas por la *Unione* en Milán y en Turín, darán también la impresión de estar destruyendo la sociedad capitalista.

En Francia, tras la Comuna, las organizaciones revolucionarias —y en general el movimiento obrero— son objeto de vigilancia y represión constante, lo que motivó su actuación clandestina. En una reunión secreta, celebrada en Lyon en 1873, se buscó aglutinar los grupos antiautoritarios. Al año siguiente, un intento de insurrección en esta misma ciudad llevó a la cárcel a numerosos internacionalistas, bajo la acusación de conspiración contra el Estado. No obstante, una serie de publicaciones dan constancia de múltiples grupos autónomos extendidos por todo el país, y muchos de los líderes del socialismo francés —como Guesde o Brousse— estuvieron en sus inicios vinculados al anarquismo.

En general, hasta 1881, todas las tendencias —socialistas, mutualistas, libertarios— convivieron en diversas reuniones y congresos, pero sus efectivos todavía eran poco importantes. Fue a partir de ese año cuando los ácratas se separaron de los seguidores de Guesde, a quien consideraban un marxista, partidario de la participación política, y defendieron la propaganda por la acción, lo que contribuyó a su aislamiento.

Desde 1885 se publicó en París bajo la dirección de Jean Grave la revista *Le Revolté*, continuadora de la editada en Suiza, que más tarde pasó a llamarse *Les Temps Nouveaux* a causa de su prohibición, En ella colaboraría la generación más importante de anarquistas franceses, como Elíseo Reclús o Sebastián Faure, que recuperaron cierta influencia entre sectores del movimiento obrero de su país a finales del siglo, Surgió entonces un viraje importante de estrategia con la aparición del anarcosindicalismo. Todo había empezado en las *Bolsas de Trabajo* que reunían a los trabajadores de diferentes ramas productivas en una misma localidad, con el propósito de proporcionar empleo, pero que convertidas después en centros de discusión y educación obrera, se extendieron desde 1885 por las principales ciudades

galas. Fernand Pelloutier, de tradición libertaria, llegó a ser el secretario general de la *Federación de Bolsas*.



Asesinato del rey Humberto I de Italia por el anarquista Bresci,
cerca de Monza, el 29 de julio de 1900 (por Flavio Constantini).

En 1902 tiene lugar la unión entre ésta y la *Confederación General del Trabajo*, cuyo origen radica en el socialismo guesdista. Desde *La Voix du Peuple* su editor, Pouget, antiguo ácrata, defendía la capacidad del sindicalismo como órgano transformador de la sociedad a través de la acción directa y, la huelga general. El anarquismo se convertía en un impulsor del movimiento sindical revolucionario, pero no el único. Otros, procedentes del marxismo, como Berth, Lagardelle, Sorel o Labriola, contribuyeron a su formación, con la convicción de superar la división producida en la *I Internacional*.

La *Carta de Amiens* de 1906, síntesis de los principios del sindicalismo, proclamaba su autonomía, y su condición de eje de la futura organización productiva, reconocía las estructuras productivas de la sociedad industrial y el

análisis de la lucha de clases, pero rechazaba toda intervención política. No todos los libertarios aceptaron como buena la idea al considerarla una claudicación de los principios básicos y mantuvieron los grupos de afinidad que cada vez permanecían más aislados. La *CGT* desempeñó hasta la I Guerra Mundial un papel fundamental en las reivindicaciones obreras francesas y extendió su influencia a Italia y España.

En la América hispana los anarquistas, impulsados por emigrantes españoles e italianos, contribuyeron a la formación de centra-les sindicales, como la *Federación Obrera Regional Argentina, —la FORA*—, fundada en 1901 y que impulsó hasta 1929, año de unión con la *UGT* argentina, de tendencia socialista, las movilizaciones y luchas en las principales ciudades. El mexicano Ricardo Flores Majón, junto a sus hermanos Jesús y Enrique, colaboró en la extensión de las ideas anarcosindicalistas por los núcleos urbanos y, de alguna manera, coincidieron con el movimiento campesino de Emiliano Zapata, con sus aspiraciones igualitarias y su desprecio hacia los políticos.

España aparece en la historia contemporánea como el lugar donde el anarquismo adquirió un mayor arraigo, a pesar de no contar con figuras de la talla de Bakunin, Kropotkin, Reclús o Malatesta. Los libertarios españoles influyeron de manera decisiva en el movimiento obrero y en la mentalidad de las clases populares al menos hasta 1939, y sus organizaciones tuvieron un indudable peso en los acontecimientos sociales y políticos de finales del siglo XIX y primer tercio del XX.

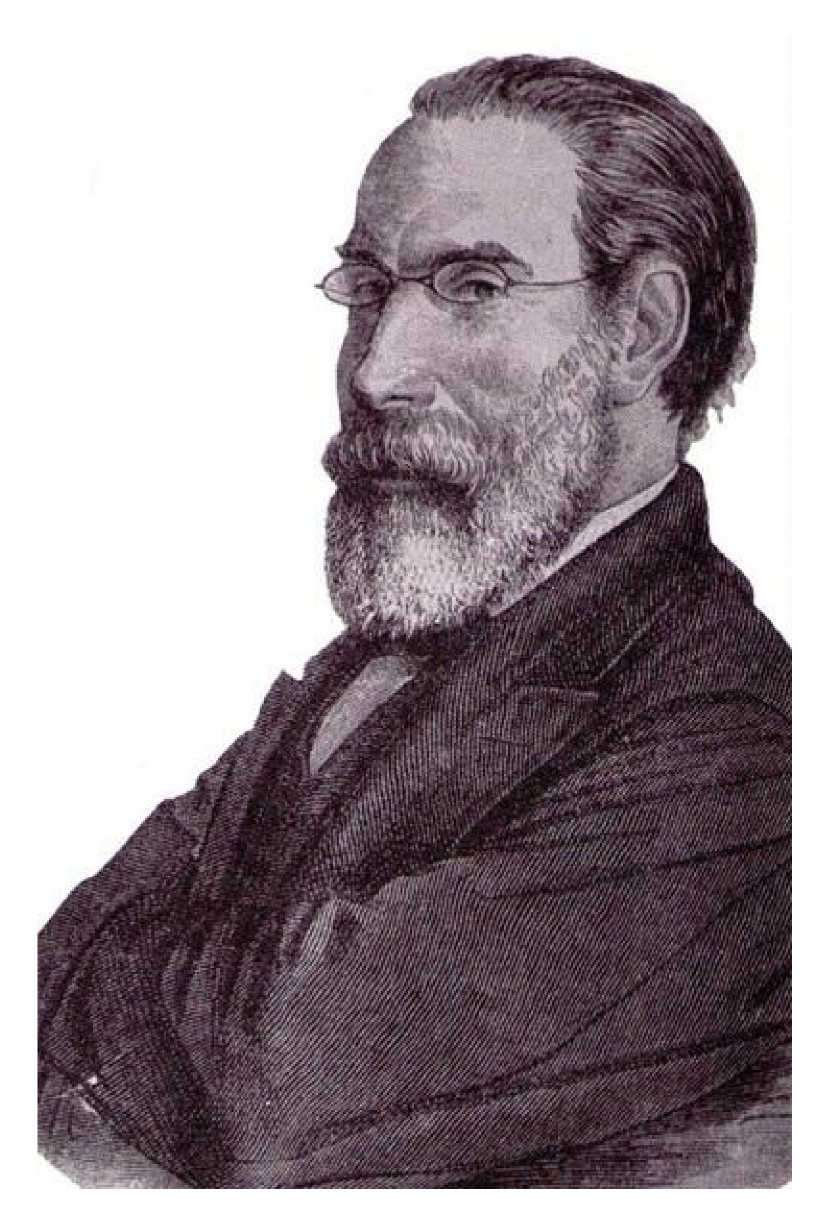
Varias han sido las interpretaciones dadas, desde las psicologistas, en las que se destaca la peculiaridad de los españoles que rechazan todo tipo de autoridad y jerarquía, hasta las economicistas, por las que se vincula esta ideología a una estructura agraria de campesinos sin tierra —el caso andaluz —, o a una industria como la catalana, dispersa, con fábricas y talleres de pocos obreros. También se ha señalado la influencia ejercida por el federalismo en un Estado centralista con problemas de reivindicación nacionalista, en especial en Cataluña, Sin embargo, hoy es necesario matizar varias cuestiones, El anarquismo español no fue en todo caso un movimiento uniforme; dentro de él se acogen tendencias diferentes: marxistas heterodoxos —lo que hoy llamaríamos socialistas—, reformistas, que pretendían cambiar la sociedad y encontraron en la *Confederación Nacional del Trabajo —CNT —*, o en la prensa libertaria, un cauce para la expresión y defensa de sus ideas. Las dimensiones de los distintos grupos son parecidas a las de sus homólogos europeos, pero supieron permanecer vinculados al movimiento obrero y mantener el control de una central sindical.

El carácter agrario, espontáneo y milenarista de rebeldes primitivos que se le ha pretendido atribuir es discutible. La mayoría de sus organizaciones surgieron en núcleos urbanos industriales, Barcelona, Valencia, Alcoy, Tarrasa, Sabadell, Gijón, o en ciudades con una importante capacidad administrativa, comercial o de servicios, como La Coruña, Sevilla o Zaragoza, y desde ellas irradiaron a otros pueblos y comarcas, pero manteniendo siempre la hegemonía. Incluso el pretendido anarquismo andaluz tuvo, casi siempre, unas perspectivas reivindicativas concretas —mejoras de las condiciones de trabajo, mejor salario, jornada de ocho horas, etcétera— y el insurreccionismo de ciertas comarcas como en Jerez o Córdoba, puede conectarse con el del sur de Italia y está vinculado a los cambios sociales y económicos del campo a finales del siglo XIX, donde una

gran masa de campesinos no propietarios, en una agricultura comercial poco mecanizada, pugnaba, en parte por la presión demográfica, contra los dueños de las tierras por mantener el empleo o aspirar al reparto de las mismas.



Francisco Mora.



Pi i Margall. Ambos contribuyeron al asentamiento del anarquismo en España; el primero, por sus contactos con Fanelli; el segundo, como difusor de Proudhon.

Es en este contexto donde se extiende el ideal de la Acracia y se adapta a la mentalidad de los jornaleros, generalmente analfabetos, que recibían las prédicas esperanzadoras de un nuevo orden por parte de unos lideres que hacían el papel de misioneros, trasladándose de pueblo en pueblo. Ha sido esta forma ancestral de expansión de sus teorías la que ha servido para acentuar el pretendido carácter semirreligioso y utopista de los anarquistas andaluces, que impulsaron, por otra parte, sindicatos agrarios esporádicos, poco estables, producto más bien de las coyunturas sociales o políticas.

En 1932, en plena II República, *La Voz del Campesino*, de Jerez de la Frontera, insistía en que *es urgente la Federación Nacional de Campesinos y quizá hoy más que nunca, dado los problemas que hoy tiene planteado el organismo confederal* —CNT— *frente a la actitud del gobierno republicano*

socialista. Y desde *Tierra y Libertad* de Valencia, el 20 de agosto de 1935, un tal Pijoan volvía sobre el tema: *Cuántos pueblos, cuántas aldeas hay que no saben que existe la Confederación Nacional, esperanza del proletariado consciente, por no haberles mandado un solo acto ni un simple periódico confederal*.

Llega Fanelli

Los orígenes del anarquismo español se remontan a la visita que en 1868 hizo el italiano Giusseppe Fanelli, un hombre de la *Internacional*, a varias ciudades, Barcelona, Madrid, Valencia, principalmente. Había triunfado la Gloriosa, revolución que destronó a Isabel II, y abría un periodo constituyente que permitía la libertad de reunión y asociación como en ningún otro periodo anterior de la historia contemporánea de España. Fanelli estaba vinculado a los círculos de Bakunin y por tanto a la *Alianza para la Democracia Socialista*, lo que provocó que los primeros internacionalistas no distinguieran entre ambas organizaciones. En enero de 1869 se constituyó un núcleo provisional de la *AIT* en Madrid, compuesto, entre otros, por el zapatero y luego cantante de zarzuela Francisco Mora, el grabador González Morago y el tipógrafo Anselmo Lorenzo. Igual hicieron en Barcelona el tipógrafo Rafael Farga Pellicer, el médico Gaspar Sentiñón y dos estudiantes andaluces, García Viñas y Trinidad Soriano, junto a otra secreta de la *Alianza*.

En aquel tiempo, republicanismo y movimiento obrero caminaban estrechamente unidos y la prensa republicana servia como cauce de las reivindicaciones de los trabajadores. Así, personajes como Pi i Margall —difusor de Proudhon— o Fernando Garrido conectaron con los primeros internacionalistas. Ya al congreso de la *Internacional* de Bruselas del año 1868 había asistido el catalán Marsal Anglora, maquinista, bajo el seudónimo de Sarro Magallán, y un año después, al de Basilea, irían Farga Pellicer y Gaspar Sentiñón.

En 1870, en el primer *Congreso Obrero Nacional*, quedó constituida oficialmente la *Federación Regional Española —FRE—* de la *AIT*. Las gestiones de Fanelli habían dado su fruto y la mayor parte de aquellos primeros dirigentes aceptaron las tesis bakuninistas, especialmente el apoliticismo, aprobadas sin dificultad. La prensa obrera empezó a difundirlas a través de *La Federación* de Barcelona, o *La Solidaridad* de Madrid.

Los acontecimientos desencadenados tras el estallido de la Comuna de París provocaron una represión que hizo que algunos miembros del *Comité Federal* huyeran a Lisboa, y allí contribuirían a la formación de una sección en Portugal, país considerado como hermano y sin fronteras por los internacionalistas españoles; de ahí que reivindicaran la idea de *Iberia*.

La conferencia secreta de Valencia de 1871 sustituía al *II Congreso*, que sólo pudo celebrarse en abril de 1872 en Zaragoza, donde se eligió un nuevo

Consejo Federal, con sede en Valencia. Habían comenzado ya las disensiones entre autoritarios y antiautoritarios, y en Madrid la llegada del yerno de Marx, Paul Lafargue, aglutinó un grupo entre los que estaba *Paulino* —Pablo Iglesias— en torno a *La Emancipación*, que defendería las tesis marxistas y del que saldría en 1879 el primer núcleo del *PSOE*. Después del Congreso de La Haya y de la división entre Marx y Bakunin, los marxistas madrileños, que pidieron públicamente la disolución de la *Alianza Democrática Socialista*, fueron expulsados de la *AIT* española, constituyéndose la *Nueva Federación Madrileña*, reconocida por el *Comité de Londres*.

En el III Congreso de la *FRE* en diciembre de 1872, celebrado en Córdoba, la mayoría bakuninista se vincula a la *Internacional* surgí: da de Saint-Imier, sustituyéndose el *Comité Federal*, tachado de centralista, por una *Comisión Federal*, que residiría en Alcoy.

Entre tanto, Sagasta, primer ministro de Amadeo de Saboya, ordenó a los gobernadores civiles la disolución de la Internacional acusada de ser la *utopía filosofal del crimen*. Era la consecuencia del triunfo del Gobierno en el Congreso de los Diputados ante una interpelación sobre la ilegitimidad de la *Internacional*. Sin embargo, el fiscal del Tribunal Supremo, Eugenio Diez, dirigió una circular a las audiencias en la que interpretaba que, de acuerdo con la Constitución, no podía perseguírsela.



Grupo de prisioneros, presuntamente pertenecientes a la Mano Negra*, en la cárcel de Cádiz (lámina de*

La Ilustración Española y Americana*, iluminada por E. Ortega).*

En 1873, durante la I República, se produjo la insurrección de Alcoy protagonizada por los trabajadores textiles y dirigida por los internacionalistas. Pedían la disminución de la jornada de trabajo y aumento salarial. Los hechos se precipitaron cuando una delegación de obreros fue tiroteada al salir de entrevistarse con el alcalde, quien resultó apaleado por la muchedumbre y varios edificios incendiados. Engels dedicaría un estudio critico a estos hechos, publicado en castellano con el nombre de *Los bakuninistas en acción*.

Con la reinstauración de la monarquía borbónica en la persona de Alfonso XII en 1875, la *Internacional* fue estrechamente vigilada y perseguida, al igual que en el resto de Europa y América. Disperso el movimiento obrero tras el congreso de Veviers, los anarquistas quedarán arrinconados y entrarán en un periodo de recomposición y enfrentamientos ideológicos.

Para una mejor comprensión de la trayectoria del anarquismo y anarcosindicalismo españoles, distinguiremos distintas fases, correspondientes a las diversas coyunturas que atravesó.

1874-1880: Son los años de la desorganización y la clandestinidad de la *Internacional*, que aún celebra en 1874 su *IV Congreso de Madrid*, con el acuerdo de convertirse en una organización secreta y una clara opción por la insurrección revolucionaria. Comienzan a aflorar las disidencias entre los partidarios de posturas intransigentes y los que —como el círculo catalán— querían mantener más contacto con el asociacionismo obrero, y utilizar la huelga como cauce reivindicativo de las sociedades de oficios.

1881-1887: La apertura que suponía el gobierno de Sagasta propiciaría que los libertarios partidarios de la acción sindical procuraran reconstruir plataformas estatales de lucha reivindicativa. En 1881 fue creada la *Federación de Trabajadores de la Región Española —FTRE—* claro intento de volver a los tiempos de la *Internacional*, y practicar el lema: *La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos*. En el congreso constituyente que tuvo lugar en Barcelona fueron marginados los *radicales*, generalmente madrileños, seguidores de las directrices del *Congreso Anarquista de Londres* de 1881. Como señaló el historiador austriaco del anarquismo, Max Netlau, *surgió probablemente una primera fuente de división entre los que querían acabar de un golpe con la vida clandestina languideciente para crear lo antes posible un amplio movimiento y una organización legales*.

Las dos corrientes tendrían ocasión de ver reforzadas sus tesis por el aumento de las sociedades obreras y los levantamientos insurreccionales en el campo, principalmente en Andalucía. Aquí la *FTRE* contaría con efectivos que defendían el anarcocomunismo en contra de teóricos como Llunas —propuso incluso la creación de un *partido socialista* que permitiera el triunfo de la anarquía— o Ricardo Mella, partidarios del colectivismo.

En el sur predominaban las sociedades secretas, como la de *Los Desheredados*, cuyos efectivos estaban entre los trabajadores de los viñedos de Jerez, o la llamada *Mano Negra*, envuelta en la leyenda y de la que se duda seriamente sobre su existencia real. Sirvieron para desencadenar una fuerte represión, con acusaciones de crímenes comunes, y para cortar una serie de huelgas contra el sistema de contratación y las condiciones laborales. Más de 2.000 campesinos fueron arrestados y a siete se les condenó a garrote vil.

En el *III Congreso de Valencia*, en 1883, que supuso la decadencia de la *FTRE*, se repudiaron los asesinatos de la *Mano Negra*, tal vez con el propósito de diferenciar la acción reivindicativa de los sindicatos, del carácter secreto y poco escrupuloso de las organizaciones andaluzas.

1888-1909: La *FTRE* desapareció en 1880 con la división en dos organizaciones. Surgió una *Federación de Resistencia al Capital*, mientras en Valencia nacían las *Bases para la Organización Anarquista de la Región Española*, que pretendían ser una continuadora de la *Alianza*. Por su parte los socialistas impulsaban la *Unión General de Trabajadores —UGT—*. El anarquismo entraría en una fase de aislamiento, circunscrito a grupos de afinidad, con la promoción de distintas publicaciones que difundían las tesis libertarias o impartían conocimientos generales en los ateneos obreros. Intentaron crear una cultura propia, donde los valores obreros se impusieran a los de *las clases dominantes*. La *Revista Blanca*, fundada por Federico Urales en 1898, representa uno de los máximos exponentes de este tipo de literatura. Al mismo tiempo, la propaganda por la acción, con diversos actos terroristas y asesinatos, alcanzará su momento de mayor actividad. Uno de los primeros fue el de Paulino Pallás en septiembre de 1893, contra el general Martínez Campos, símbolo de la monarquía borbónica que había acabado con la I República. En jerez en 1892 volvieron a repetirse las insurrecciones,

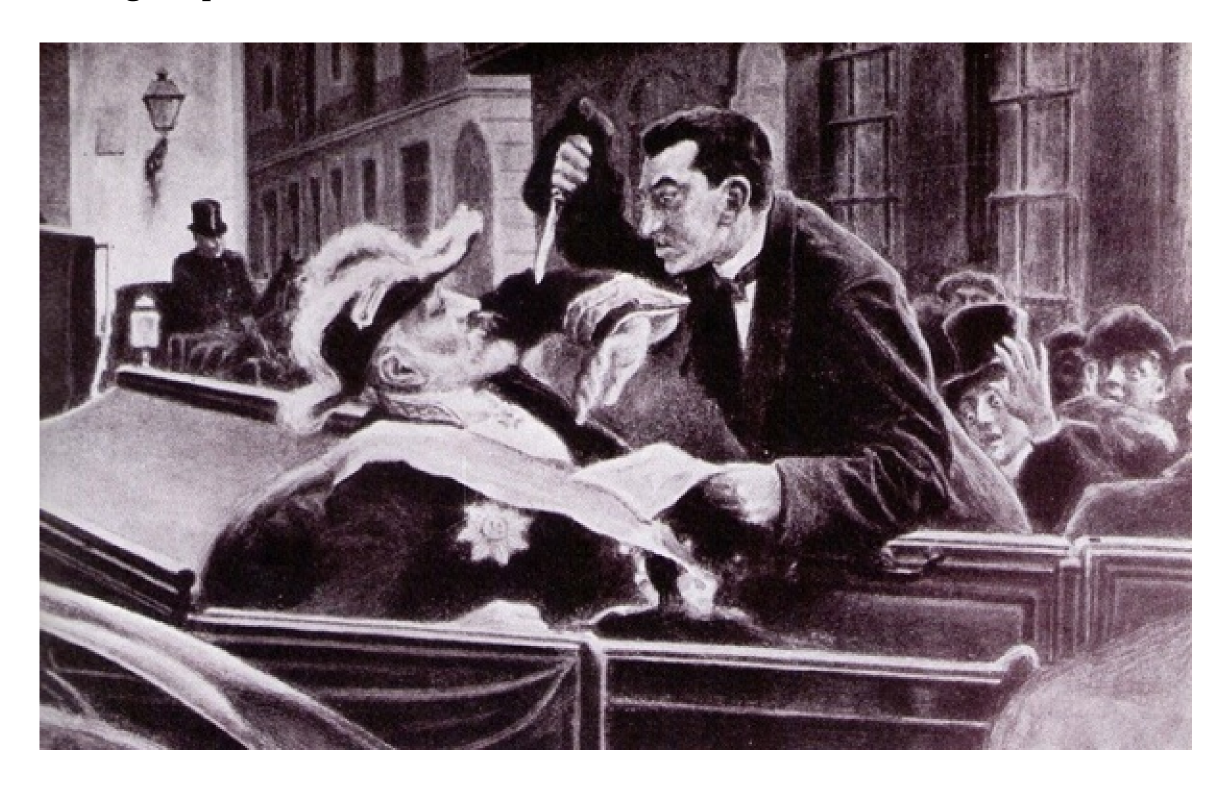
Las sociedades obreras, estructuradas por oficios, muestran todavía escasa fuerza y su reivindicación de la jornada de ocho horas es uno de los lemas de las manifestaciones de los primeros de mayo, en conmemoración de los mártires de Chicago,

A partir de 1900 las tesis sindicalistas provenientes de Francia calan en los medios ácratas, cansados de persecuciones y comprobando la nula eficacia de la propaganda por la acción. Anselmo Lorenzo y Josep Prat traducen los escritos de los anarcosindicalistas, cuya idea eje es la huelga general como estrategia revolucionaria. Sin embargo, el ensamblaje no fue fácil. Algunos libertarios, considerándose portadores de la pureza doctrinal, reaccionaron contra lo que entendían como una transgresión por sus análisis marxistas de la lucha de clases y por sus propuestas de organización futura, a las que tachan de autoritarias y burocráticas.

Sería en Cataluña, principal zona del proletariado español, donde grupos socialistas, anarquistas, y algunos republicanos vinculados a Lerroux, propiciaron *Solidaridad Obrera*, en oposición a *Solidaritat Catalana*, expresión del catalanismo político en los comienzos del reinado de

Alfonso XIII. Proclamó en su primer manifiesto la neutralidad partidista de sus afiliados, con el fin de facilitar la unión de todos los trabajadores. En 1908 quedó constituida en Badalona, con equilibrio entre socialistas y anarquistas, una *Conferencia Regional de Sociedades de Resistencia Solidaridad Obrera*, cuestión difícil de encajar en el PSOE por lo que suponía de marginación de la UGT.

Los sucesos de la Semana Trágica, en julio de 1909, con la llamada de los reservistas para luchar contra la sublevación de Marruecos, desencadenó una huelga general en Barcelona y otras localidades cercanas, con incendios, barricadas y más de 100 muertos. Un tribunal militar consideró a Ferrer Guardia el responsable. Era un libertario, fundador de la *Escuela Moderna*, centro de enseñanza laico y racionalista, en la linea de lograr un hombre nuevo mediante la educación. Fue condenado a muerte y ejecutado, en medio de una gran protesta internacional.



Atentado anarquista contra el presidente del Gobierno, Antonio Maura, durante su visita a Barcelona el 12 de abril de 1904. El político resultó con heridas leves (dibujo de A. de Caula, La Ilustración Española y Americana*).*

1910-1930: En el Congreso celebrado en Barcelona en 1910, 114 sociedades obreras de toda España acordaron, tras la experiencia de *Solidaridad Obrera*, fundar la *Confederación Nacional del Trabajo*, con la oposición de los representantes socialistas asistentes. El primer secretario fue Josep Negre y en el *I Congreso*, de 1911, se fijan sus bases ideológicas y

tácticas: el sindicato era considerado como un medio para las reivindicaciones salariales y sociales y como futuro organismo de control de la producción de la sociedad libertaria, La táctica de acción directa no aceptaba ningún tipo de intermediario en las relaciones con los patronos e impedía la participación política de la organización. Su estructura interna estaba caracterizada por una completa descentralización que, teóricamente, daba todo el poder a las bases y cuyos representantes debían ser meros transmisores de las decisiones de sus afiliados.

Las relaciones entre anarcosindicalistas y anarquistas no serían fáciles. Los primeros creían más en los sindicatos como medio de llegar al comunismo libertario, y los segundos intentaban controlar a la *CNT* para hacer de ella una organización específicamente libertaria, El Congreso de El Ferrol en 1915 reunió a la segunda generación de dirigentes —Pestaña, Quintanilla, Carbó, Bajatierra, Sánchez Rosa, etcétera— que se opusieron a la Guerra Mundial y decidieron expandir la *Confederación,* disuelta legalmente por Canalejas, asesinado en 1912 por Manuel Pardiñas.

En 1916 se firmó un pacto con la *UGT* para hacer frente al aumento del coste de la vida, impulsando la huelga general de 1917. El *II Congreso* en 1919 aprobó la creación de los *Sindicatos únicos de Industria*, que englobaban a los de *Oficio*, ratificó el apoliticismo, la acción directa y el comunismo libertario como meta. Aunque en principio estuvieron de acuerdo en adherirse a la *III Internacional*, los informes de Ángel Pestaña y Gaston Leval tras su visita a Moscú, hicieron que la *CNT* se retirara, por las persecuciones de que eran objeto sus compañeros rusos.



Federica Montseny y Ángel Pestaña.

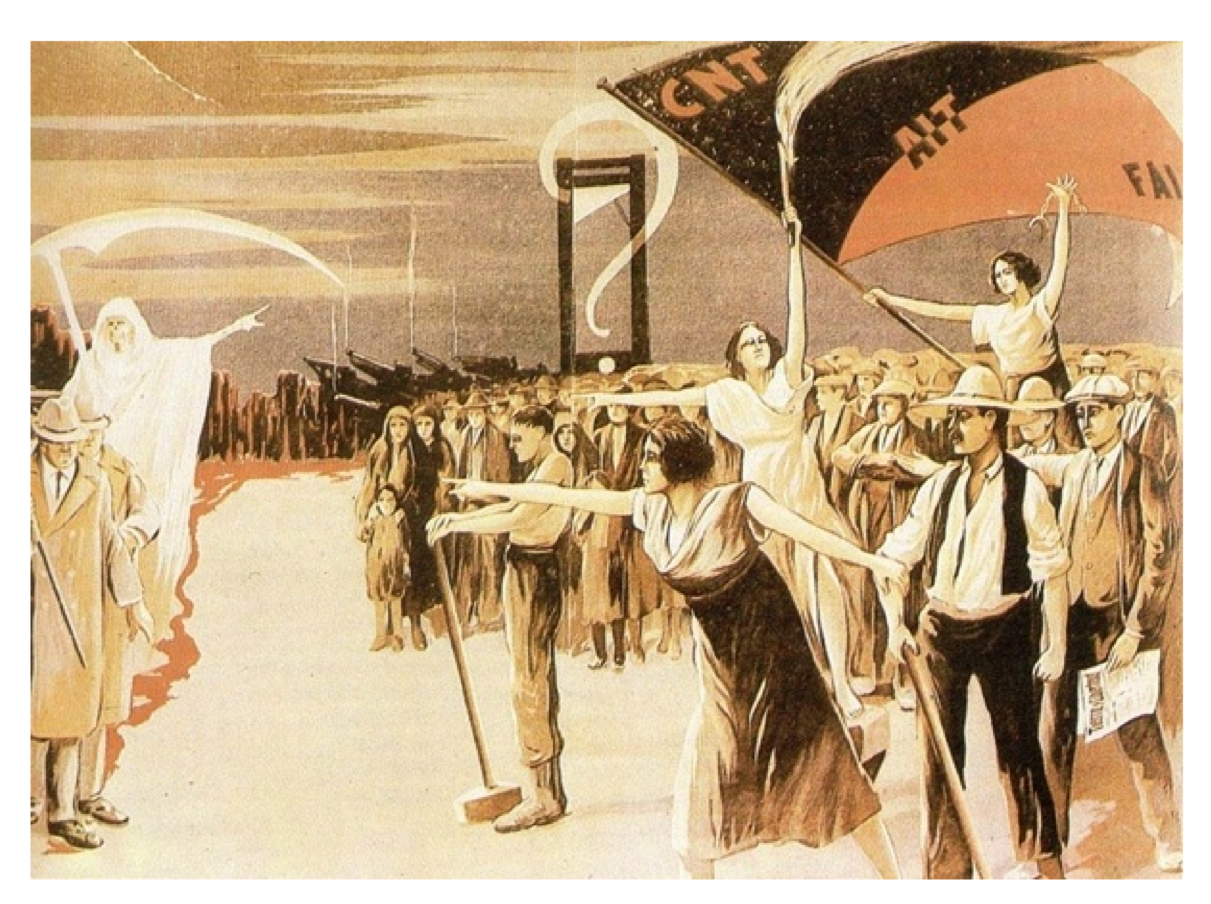
La crisis subsiguiente a la I Guerra Mundial provocó un recrudecimiento de las tensiones patronos-obreros, extendiéndose el pistolerismo. Entre 1922 y 1923 muchos militantes cenetistas fueron tiroteados y asesinados —Salvador Seguí, Boal…— y de igual manera murieron Dato, jefe de gobierno; el cardenal Soldevilla, etcétera. La desaparición de numerosos dirigentes hizo que ocuparan puestos clave miembros partidarios del comunismo bolchevique, como Nin y Maurín, aunque no pudieron desarticular el peso anarquista.

Muchos sindicatos cenetistas fueron clausurados durante la Dictadura de Primo de Rivera. La actitud de algunos anarcosindicalistas de buscar vías mas posibilistas a la *CNT* provocó la reacción de grupos, que crearon en Valencia la *FAI* en 1927, con el fin de combatir el reformismo de Peiró y Pestaña principalmente.

1931-1939: Los anarquistas se dividieron a la hora de concretar su papel de colaboración con otras fuerzas políticas para derrocar a la Dictadura y proclamar la República. Con posterioridad los faístas acusaron de colaboración a aquellos que prestaron su apoyo a los republicanos, pero en

realidad ningún sector permaneció al margen de las conspiraciones que se fraguaron con tal fin.

Después de la reorganización realizada en el congreso de 1931, la *CNT* mantuvo una linea de hostilidad casi permanente contra los gobiernos republicanos. Los sectores más radicales se imponen y los *moderados* sindicalistas se escinden tras la firma de un manifiesto conocido como el de los *Treinta* y forman los Sindicatos de Oposición, con arraigo en Cataluña, País Valenciano y Huelva. Pestaña, López y Peiró, entre otros, se distanciaron de las posturas intransigentes representadas por la *FAI,* al proclamar que la revolución no podía ser obra de una minoría, sino de las masas sindicales. Las tácticas insurreccionales propiciaron, en cambio, levantamientos armados, proclamando el comunismo libertario, Todo ello supuso una disminución de los efectivos cenetistas que agrupaban a principios de 1932 a unos 700.000 afiliados, aproximadamente un 12,75 por ciento de una población activa que sobrepasaba los cuatro millones.



Cartel anarquista editado durante la guerra civil.

La base fundamental de la *CNT* estaba en Cataluña. En otras zonas su influencia tuvo que compartirla con la UGT, que adquirió, como sindicato de gestión, cada vez mayor implantación, sobre todo en aquellos núcleos

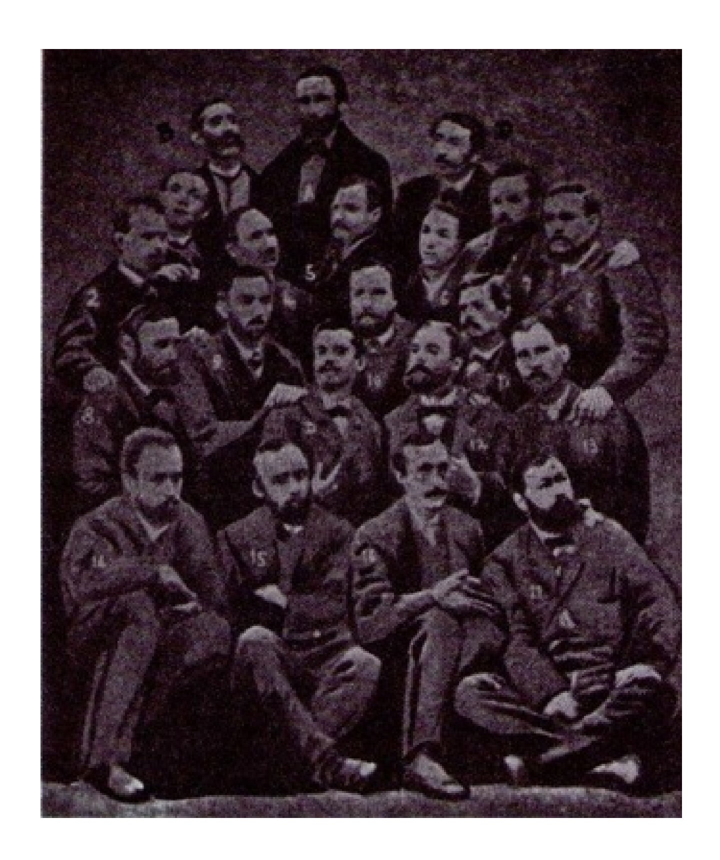
tradicionalmente marginados, como los campesinos. La *CNT* tenía fuerza en el País Valenciano, Murcia, Andalucía, Asturias y Madrid, aunque a lo largo de la República se produjeron altibajos en la afiliación, sobre todo tras los sucesos de octubre de 1934.

En este contexto, lo que podría llamarse literatura de anticipación experimentó un incremento en el movimiento libertario, que le llevará a especificar por primera vez cuál era el modelo de sociedad que preveían, y de qué manera se pretendía que la *CNT* y los grupos anarquistas colaboraran para tal fin.

Los treintistas acabaron integrándose nuevamente en el congreso de Zaragoza de 1936, y en él se manifestó un mayor ánimo de colaboración con el gobierno republicano del Frente Popular. En plena guerra civil cuatro anarcosindicalistas, García Oliver, Juan López, Federica Montseny y Peiró, participaron como ministros en el gabinete de Largo Caballero, al igual que lo hicieran en el de la Generalitat de Cataluña. El anarquismo, que tanto había abogado contra los gobiernos y el Estado, acabaría en aquellas circunstancias intentando apuntalar al Estado y al ejecutivo del Frente Popular.

Bibliografía

Ansart, P., *Marx y el anarquismo*, Barcelona, 1970. *Sociología de Proudhon*, Buenos Aires, 1971. Balcells, A., *El arraigo del anarquismo en Cataluña. Textos de 1926 a 1934*, Madrid, 1979. Bar, A., *La CNT en los años rojos. Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo (1910-1926)*, Madrid, 1981. Bookchin, M., *Los anarquistas españoles. Los años heroicos. 1868-1936*, Barcelona, 1980. Brenan, G., *El laberinto español*, París, 1962. Bueso, A., *Recuerdos de un cenetista* (dos tomos), Barcelona 1976 y 1978. Carter, A., *Teoría política del anarquismo*, Caracas, 1975. Cuadrat, X., *Socialismo y anarquismo en Cataluña. (1899-1911): Los orígenes de la CNT*, Madrid, 1976. Dubief, H., *Les anarchistes (1870-1940)*, París, 1972. Forcadell, C., *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español. 1914-1918*, Barcelona, 1978. Gómez Casas, J., *Historia de la FAI*, Madrid, 1977. Horowitz, I. L., *Los anarquistas* (dos tomos), selección y prólogo, Madrid, 1975. Joll, J., *Los anarquistas*, Barcelona, 1976. Kern. R. W., *Red years/black years: a political history of spanish anarchism. 1911-1937*, Filadelfia, 1978. Lorenzo, C. M., *Los anarquistas españoles y el poder*, París, 1972. Paniagua, X., *La sociedad libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español*, Barcelona, 1982. Pelloutier, F., *Historia de las Bolsas de Trabajo. Los orígenes del sindicalismo revolucionario*, Madrid, 1978. Romero Maura, J., *La Rosa de Fuego*, Barcelona, 1974. Termes, J., *Anarquismo y sindicalismo en España. La I Internacional*, Barcelona, 1977. Woodcok, G., *El anarquismo*, Barcelona, 1979.



Fundadores en España de la AIT y de la Alianza de la Democracia Socialista, encabezados por Giuseppe Fanelli (A).

El anarquismo

Textos

La propiedad

TODO corrobora la ley de igualdad: jurisprudencia, economía política, psicología. El derecho y el deber, la recompensa debida al talento y al trabajo, las ansias del amor y del entusiasmo, todo está de antemano regulado por inflexible metro, todo tiende al número y al equilibrio. La igualdad de condiciones, he ahí el principio de las sociedades; la solidaridad universal, he ahí la sanción de esta ley.

La igualdad de condiciones no ha existido jamás, merced a nuestras pasiones y a nuestra ignorancia; pero nuestra oposición a esta ley demuestra más y más su necesidad. La historia es un constante testimonio de ello. La sociedad avanza de ecuación en ecuación; las revoluciones de los imperios ofrecen, a los ojos del observador economista, ya sea la reducción de cantidades algebraicas que recíprocamente se compensan, ya sea la aclaración de una incógnita, por la operación infalible del tiempo. Los números son la providencia de la historia. Es indudable, sin embargo, que el progreso de la humanidad cuenta con otros elementos; pero, en el sinnúmero de causas ocultas que conmueven a los pueblos, no hay ninguna más potente, más regular ni más significada que las explosiones periódicas del proletariado contra la propiedad. La propiedad, actuando simultáneamente por la eliminación y la ocupación a medida que la población se multiplica, ha sido el principal generador y la causa determinante de todas las revoluciones. (*PIERRE-JOSEPH PROUDHON*, *«¿Qué es la propiedad?»*)

Validez del sufragio

TEORICAMENTE, el sufragio universal es el derecho de la mayoría para imponer su voluntad a la minoría.

Este pretendido derecho es una injusticia, pues la personalidad, la libertad, el bienestar de un solo hombre son tan respetables, tan sagrados como puedan ser los de toda la humanidad. Por otra parte, no hay razón alguna para creer que el mayor número se encuentre siempre del lado de la verdad, de la justicia

y de la utilidad general: en la práctica se puede observar que diariamente sucede lo contrario.

Si todos los hombres, menos uno, estuvieran contentos de ser esclavos y de sobrellevar, sin necesidad natural, toda clase de sufrimientos, aquel hombre tendría razón en rebelarse y reclamar la libertad y el bienestar. El voto, el número, no deciden nada, no crean ni destruyen derechos.

Una sociedad igualitaria debe estar fundada en el acuerdo libre y unánime de todos sus componentes. Es cierto que también en una sociedad socialista, donde la opresión y la explotación del hombre por el hombre hayan desaparecido por completo, y el principio de solidaridad regulase todas las relaciones humanas, puede suceder —sucederá seguro— que se produzcan casos en que sea necesario, o por lo menos más expeditivo, recurrir al sufragio popular.

Sin embargo, estos casos se irán haciendo cada vez más raros, a medida que la ciencia de la sociedad vaya descubriendo y demostrando con evidencia las soluciones exactas que correspondan a los varios problemas de la vida colectiva. Pero, en fin, quedarán siempre puntos en los cuales la solución aparecerá diversa y se hará necesario recurrir a un expediente más o menos arbitrario, y no se podrá o no convendrá dividirse en tantas fracciones cuantas sean las partes contendientes. En estos casos, lo más rápido será que la minoría se adapte al querer de la mayoría. Está bien; entonces, probablemente, se votará, pero el voto por tal motivo no es un principio, no es un derecho o un deber, sino solamente un acuerdo, una convención entre asociados.

(…) el régimen del sufragio universal, mentiroso como todo el sistema parlamentario, no es de ninguna manera el predominio de la mayoría de los electores. Se trata, simplemente, de un artificio con el cual el gobierno de una clase social o de una comunidad de casta toma las apariencias de gobierno popular. (*E. Malatesta*, *«Ideario»*).

Libertad y naturaleza

Frente a las leyes naturales no hay para el hombre más que una sola libertad posible: la de reconocerlas y de aplicarlas cada vez más, conforme al fin de la emancipación o de la humanización, tanto colectiva como

individual, que persigue. Estas leyes, una vez reconocidas, ejercen una autoridad que no es discutida por la masa de los hombres. Es preciso, por ejemplo, ser loco o teólogo, o por lo menos metafísico, jurista, o un economista burgués para rebelarse contra esa ley según la cual dos más dos hacen cuatro. (…)

La gran desgracia es que una gran cantidad de leyes naturales ya constatadas como tales por la ciencia, permanezcan desconocidas para las masas populares, gracias a los cuidados de esos gobiernos tutelares que no existen, como se sabe, más que para el bien de los pueblos… Hay otro inconveniente: la mayor parte de las leyes naturales inherentes al desenvolvimiento de la sociedad humana, y que son también necesarias, invariables, fatales, como las leyes que gobiernan el mundo físico, no han sido debidamente comprobadas y reconocidas por la ciencia misma.

Una vez que hayan sido reconocidas primero por la ciencia y que la ciencia, por medio de un amplio sistema de educación y de instrucción populares, las haya hecho pasar a la conciencia de todos, la cuestión de la libertad estará perfectamente resuelta. Los autoritarios más recalcitrantes deben reconocer que entonces no habrá necesidad de organización, ni de dirección, ni de legislación política, tres cosas que, sea que emanen de la voluntad del soberano, sea que resulten de los votos de un parlamento elegido por el sufragio universal, y aun cuando estén conformes con el sistema de las leyes naturales —lo que no tuvo lugar jamás y no tendrá jamás lugar—, son siempre igualmente funestas y contrarias a la libertad de las masas, porque les impone un sistema de leyes exteriores y, por consiguiente, despóticas.

La libertad del hombre consiste únicamente en esto, que obedece a las leyes naturales, porque las ha reconocido *él mismo* como tales y no porque le hayan sido impuestas exteriormente por una voluntad extraña, divina o humana cualquiera, colectiva o individual. (BAKUNIN, *«Dios y el Estado»*).



Salida de la cárcel de Jerez de una cuerda de presos pertenecientes a La mano negra, *camino de la prisión de Cádiz (*La Ilustración Española y Americana*).*

Análisis del Estado

LA explotación del Estado pesa tanto sobre todas las naciones, que la proporción de lo que sustrae a la sociedad excede al porcentaje medio de ganancia de los mismos capitalistas. En efecto, la renta del capital, de la propiedad y de todas las formas del privilegio clásico no alcanza el 25 y hasta el 35 por 100 de la renta total. Puede considerarse que los ingresos fiscales son únicamente beneficios, ya que el Estado no coloca capitales propios. Su renta no viene de capitales y esfuerzos productivos, y los beneficios que presta no alcanzan a la décima parte de lo que extorsiona. El Estado ha llegado, por lo tanto, a ser un explotador más temible que el capital. Es un hecho que no se pone bastante de relieve en las críticas a la sociedad actual, como al señalar y discutir las orientaciones del futuro.

El Estado explota al capital al mismo tiempo que le sirve y tiende a sustituirlo, lo que demuestra que no está colocado fatalmente bajo su dependencia, y que se desarrolla ante todo y sobre todo de acuerdo a sus

particulares intereses; en consecuencia, creer en su desaparición automática con la desaparición de la lucha de clases, es uno de los más graves errores del marxismo.

El Estado no es un ente abstracto, metafísico e impenetrable, sino una asociación de nuevos explotadores, un ejército de burócratas de alta categoría, que explotan a la sociedad mediante los impuestos y todas las gabelas imaginables, y constituyen una especie de tercera clase con vistas a desplazar la de los privilegios y a sustituirla, reemplazando el régimen actual por un régimen de casta burocrática —gubernamental y militar—, que explotaría a la gran masa trabajadora tan inicuamente o más como lo ha hecho hasta ahora el propietario y el capitalista, obstaculizando más aún toda posibilidad de liberación. (*Gaston Leval, «Lo que cuesta el Estado»*).

Mutualismo medieval

La historia de las ciudades medievales constituye uno de los ejemplos más asombrosos de la poderosa influencia *de las ideas y de los principios fundamentales reconocidos por los hombres* sobre el destino de la humanidad. Del mismo modo nos enseña también que ante un cambio radical en las ideas dominantes de la sociedad se producen resultados completamente nuevos que encauzan la vida en una nueva dirección. La fe en sus fuerzas y en el federalismo; el reconocimiento de la libertad y de la administración propia a cada grupo separado y, en general, la estructura del cuerpo político de lo simple a lo complejo, tales fueron los pensamientos dominantes del siglo XI. Pero desde aquella época las concepciones sufrieron un cambio completo. Los eruditos jurisconsultos —legalistas— que habían estudiado derecho romano y los prelados de la Iglesia, estrechamente unidos desde la época de Inocencio III, lograron paralizar la idea —la antigua idea griega de la libertad y de la federación— que predominaba en la época de la liberación de las ciudades y existía primeramente en la fundación de estas repúblicas.

Durante dos o tres siglos, los jurisconsultos y el clero comenzaron a enseñar desde el púlpito, desde la cátedra universitaria y en los tribunales, que la salvación de los hombres se encuentra en un Estado fuertemente centralizado, sometido al poder semidivino de uno o de unos pocos; que *un* hombre puede y *debe* ser el salvador de la sociedad, y en nombre de la

salvación pública puede realizar cualquier acto de violencia: quemar a los hombres en las hogueras, matarlos con muerte lenta en medio de torturas indescriptibles, sumir provincias enteras en la miseria más abyecta. (…) Los ciudadanos comenzaron a encontrar que ningún poder puede ser desmedido, ningún asesinato lento demasiado cruel, cuando se trata de la *seguridad pública*. Y en esta nueva dirección de las mentes, y en esta nueva fe en la fuerza de un gobernante único, el antiguo principio federal perdió su fuerza, y junto a él murió también el genio creador de las masas. La idea romana venció y en tales circunstancias los Estados militares centralizados hallaron en las ciudades una presa fácil. (…)

Y, sin embargo, la corriente de ayuda y de apoyo mutuos no se apagó en las masas y continuó fluyendo aun después de esta derrota de las ciudades libres. Pronto surgió de nuevo una fuerza poderosa en respuesta al llamado comunista de los primeros propagandistas de la Reforma, y siguió viviendo aun después de que las masas, que habían sufrido de nuevo el fracaso en su tentativa de construir una nueva vida inspirada por una religión reformada, cayeron bajo el poder de la monarquía. Fluye hoy todavía y busca los caminos para una nueva expresión que no será ya el Estado, ni la ciudad medieval, ni la comuna aldeana de los bárbaros, ni la organización tribal de los salvajes, sino que, procediendo de todas estas formas, será más perfecta que ellas por su profundidad y por la amplitud de sus principios humanos. (*Piotr Kropotkin, «El apoyo mutuo»*).

La represión

He sostenido una lucha titánica con y por la existencia. He sentido los efectos de esta sociedad, mal constituida y peor gobernada. Veo que es un cuerpo cangrenado (*sic*) de tal modo, que no se puede aplicar a él un dedo que no se pose sobre una llaga purulenta. He creído que debe destruirse y he querido llevar a la obra demoledora mi herramienta en forma de otra bomba.

Al general Martínez, como soldado y como caballero, lo respeto. Al pretender herirlo, he querido deshacer un punto de apoyo, de los varios en que descansa el actual estado de cosas en España. (…)

Quiero que conste que, al realizar mi intento, no me impulsaba otro móvil que el de sacrificar mi vida en beneficio de mis hermanos de desgracia. (Cana

de Paulino Pallás, juzgado y ejecutado por el atentado de Martínez Campos, recogida en *RAFAEL NUÑEZ FLORENCIO, «El terrorismo anarquista. 1888-1909»*).



Asesinato de Cánovas del Castillo por el anarquista Angiolillo, 1897 (grabado por J. Camba).

La emancipación de la mujer

LA emancipación ha traído a la mujer la igualdad económica con el hombre, es decir, la posibilidad de elegir una profesión u oficio; pero, como la formación física que ha recibido en el pasado y en la actualidad no le ha dado la fuerza suficiente para competir con el hombre, se ve a menudo obligada a agotar su energía, a gastar su vitalidad y a destrozar su sistema nervioso para poder alcanzar el valor del mercado. Hay muy pocas que triunfan, ya que no las profesoras, doctoras, abogados, arquitectos e ingenieros gozan de la misma confianza que sus colegas masculinos, ni reciben salarios iguales. Y las que alcanzan la ansiada igualdad, la consiguen por lo general a costa de su bienestar físico y psíquico. En cuanto a la gran masa de muchachas y de mujeres trabajadoras, ¿qué clase de independencia consiguen si sustituyen la estrechez y la falta de libertad del hogar por la estrechez y falta de libertad de la fábrica, tienda, almacén u oficina? Muchas mujeres tienen que ocuparse además de un *hogar, dulce hogar* —frío,

desordenado, triste, nada acogedor— después de un día de duro trabajo. ¡Maravillosa independencia! No es de extrañar que cientos de muchachas estén dispuestas a aceptar la primera oferta de matrimonio, hartas y cansadas de su *independencia* detrás del mostrador, o sentadas ante la máquina de escribir o de coser. Están tan dispuestas a casarse como las muchachas de la clase media, que ansían librarse del yugo de la autoridad paterna. Una pretendida independencia que sólo permite ganar la pura subsistencia no es tan atractiva ni ideal como para que pueda esperarse de la mujer que sacrifique todo por ella. Nuestra independencia tan encomiada no es, después de todo, más que un lento proceso de insensibilización y asfixia de la naturaleza femenina, del instinto amoroso y maternal. (*Emma Goldman, «El amor entre las personas libres», recogido en «Los anarquistas», selección de Irving L. Horowitz*).

La igualdad sexual

Esta completamente demostrada, por numerosos y elocuentes ejemplos, la capacidad científica de la mujer cuando su inteligencia ha sido desarrollada por una sólida instrucción advirtiendo que si en general la mujer es menos profunda que el hombre, se debe a que su instrucción, cuando la recibe, es sumamente deficiente, no consistiendo más que en un vano conjunto de superficialidades que nada dicen a su inteligencia, y que si algo logra es amaestrarla en el arte del fingimiento y en el desarrollo excesivo de una mal entendida vanidad.

Existe una preocupación lamentable en lo que atañe a la instrucción de la mujer. Como que su esfera de acción está casi limitada a los quehaceres domésticos, con tal de que fuese una buena ama de casa, en el sentido de estar debidamente impuesta en la economía doméstica y en el arte de agradar y sobrellevar con paciencia las impertinencias cuando no los despotismos del marido, ya había llenado su misión social, sin tener en cuenta que la madre de familia es la primera y principal maestra de sus hijos, y que de la orientación que imprima en los primeros años a sus inteligencias depende la conducta ulterior de los mismos. Pero la moderna Pedagogía, curada de los antiguos errores, ha destruido los antiguos y estrechos moldes que deformaban la vida individual y colectiva, y proclama la absoluta igualdad de los sexos y la

conveniencia de que se instruyan y eduquen colectivamente, a fin de que el niño vea en la niña un semejante tan capaz como él del cultivo de su mente, y la niña que no se sienta inferior al niño, no viendo en él sino un compañero, y jamás un ser superior por el mero hecho de pertenecer al sexo contrario, ya que ambos son necesarios, no sólo por la perpetuidad de la especie sino para todos los actos de la vida social. (*Jose Casasola, «Enseñanza racionalista», recogido en X. Paniagua y J. A. Piqueras, «Trabajadores sin revolución»*).

Cuestionamiento de la patria

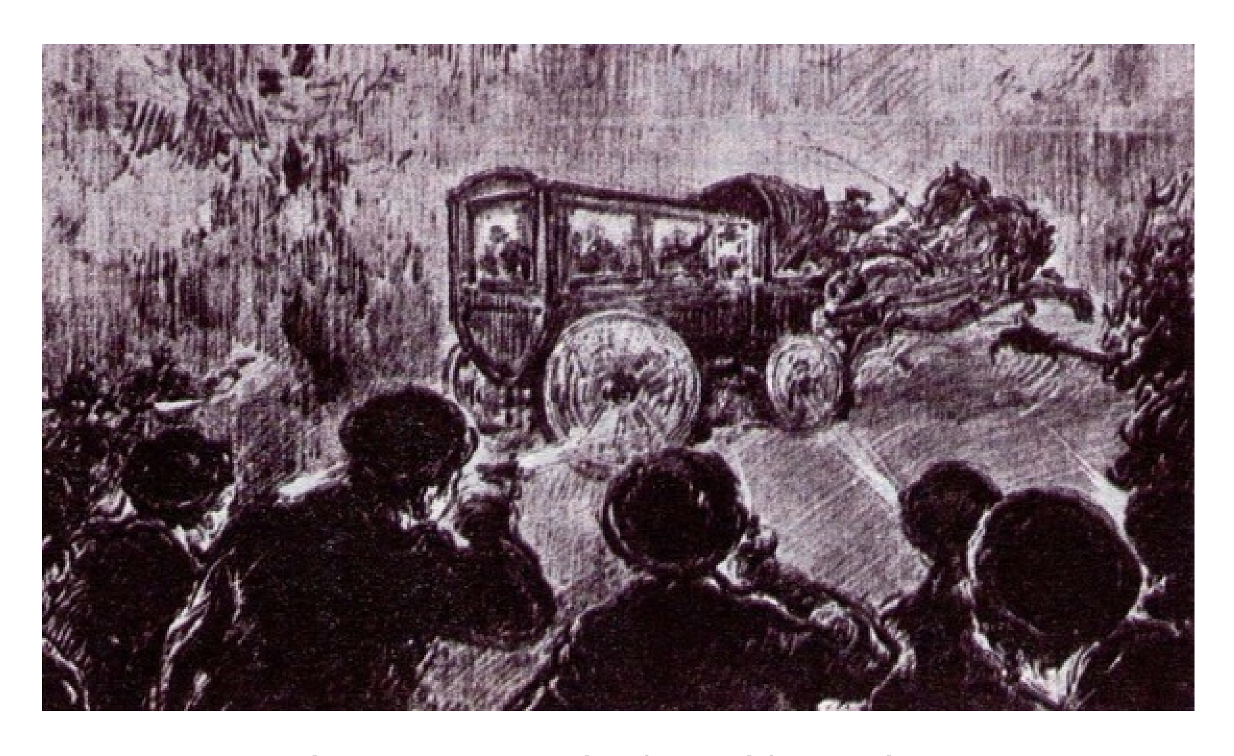
Nuestros ideales, nuestra vida amenazada, nuestra conciencia de hombres, nuestro honor, nuestros sentimientos de humanidad y de justicia, nos aconsejan alzamos, salir al paso patria a la invasión del espíritu militarista que amenaza hundir la sociedad. Hay que deshonrar la guerra; hay que presentar ante las gentes sencillas las monstruosidades que encierra, lo inicuo que esas matanzas internacionales llevan consigo. Hay que ser antimilitarista y propagar con todas nuestras fuerzas y hacer todo lo posible para que desaparezca esa tendencia salvaje que amenaza con sangre (…).

Unida a esta propaganda debe ir la que tienda a borrar de los corazones, donde se ha asentado falsamente, el sentido patriótico. Es preciso poner ante los ojos de todo el mundo que la patria es una gran mentira y un semillero de odios y de guerras. Es preciso propagar y sostener que la patria debe ser la tierra toda.

El amor al trozo de tierra que nos vio nacer, donde pasó nuestra infancia y se encuentra familia, allegados y amigos, este sentimiento se explota por los culteranos del odio para trazar divisiones entre los seres humanos, divisiones inicuas que no deben existir.

Mi enemigo no es el que habita al otro lado de la frontera, por este solo hecho. No le es dable a ningún hombre elegir el lugar de la tierra donde debe nacer. No hay motivo, por lo tanto, para divisiones que sólo trazó la ambición. La espada de los conquistadores, las conveniencias de los poderosos, el orgullo de los grandes bandoleros (tipo Julio César, Alejandro el Magno, Napoleón I, Guillermo II. etcétera), la avaricia ilimitada de los gobernantes y las intrigas de los negros buitres de la diplomacia, son los elementos que han señalado las fronteras entre los pueblos y esto que representa un cúmulo

inmenso de arbitrariedades, de crímenes y de injusticias perpetradas a través de la historia, es lo que con el nombre de patriotismo quiere hacérsenos respetar. (*Irenofilo Diarot*, *«Propaganda y acción antimilitarista»*).



Atentado anarquista contra Salmerón y Cambó en Barcelona, 1907 (grabado de la prensa de la época).

Anarquismo y sindicalismo

El sindicalismo se basta a sí mismo, tanto para romper el orden establecido, como para instaurar una forma de convivencia social que permite el usufructo de cuanto el hombre sea capaz de crear… El sindicalismo, que ha hecho una revisión de los valores del anarquismo, ha visto, por experiencias repetidas, que éste, manteniéndose en el plan de los órdenes generales humanos, no le servía, y tomando únicamente su valor permanente, que es el de la crítica, ha abandonado el inútil fárrago de conceptos vanos… Si el anarquismo quiere ser útil a la sociedad ha de revisarse y comprobar que el hombre de sus realizaciones no existe y que la organización de la sociedad (política y económica) no puede ser aquella que se concibiera antes de la revolución industrial. (*Ricardo Fornells*, *«El sindicalismo y el futuro social»*).

La comuna libertaria

TERMINADO el aspecto violento de la revolución, se declararán abolidos: la propiedad privada, el Estado, el principio de autoridad y, por consiguiente, las clases que dividen a los hombres en explotadores y explotados, oprimidos y opresores.

Socializada la riqueza, las organizaciones de los productores, ya libres, se encargarán de la administración directa de la producción y del consumo.

Establecida en cada localidad la Comuna Libertaria, pondremos en marcha el nuevo mecanismo social. Los productores de cada ramo u oficio, reunidos en sus sindicatos y en los lugares de trabajo determinarán libremente la forma en que éste ha de ser organizado.

La comuna libre se incautará de cuanto antes detentaba la burguesía, tal como víveres, ropas, calzados, materias primas, herramientas de trabajo, etcétera. Estos útiles de trabajo y materias primas deberán pasar a poder de los, productores, para que éstos los administren directamente en beneficio de la colectividad.

En primer término las comunas cuidarán de alojar con el máximo de comodidades a todos los habitantes de cada localidad, asegurando asistencia a los enfermos y educación a los niños.

De acuerdo con el principio fundamental del comunismo libertario, como hemos dicho antes, todos los hombres se aprestarán a cumplir el deber voluntario —que se convertirá en verdadero derecho cuando el hombre trabaje libre— de prestar su concurso a la colectividad, en relación con sus fuerzas y sus capacidades, y la comuna cumplirá la obligación de cubrir sus necesidades.

Desde luego, es preciso crear ya, desde ahora, la idea de que los primeros tiempos de la revolución no resultarán fáciles y de que será preciso que cada hombre aporte el máximo de esfuerzos y consuma solamente lo que permitan las posibilidades de la producción. Todo período constructivo exige sacrificios y aceptación individual y colectiva de esfuerzos tendentes a superar las circunstancias y a no crear dificultades a la obra reconstructora de la sociedad que de común acuerdo todos realizaremos. (*«Dictamen sobre Concepto Confederal del Comunismo Libertario», Congreso de la CNT. Zaragoza*, *1936*).